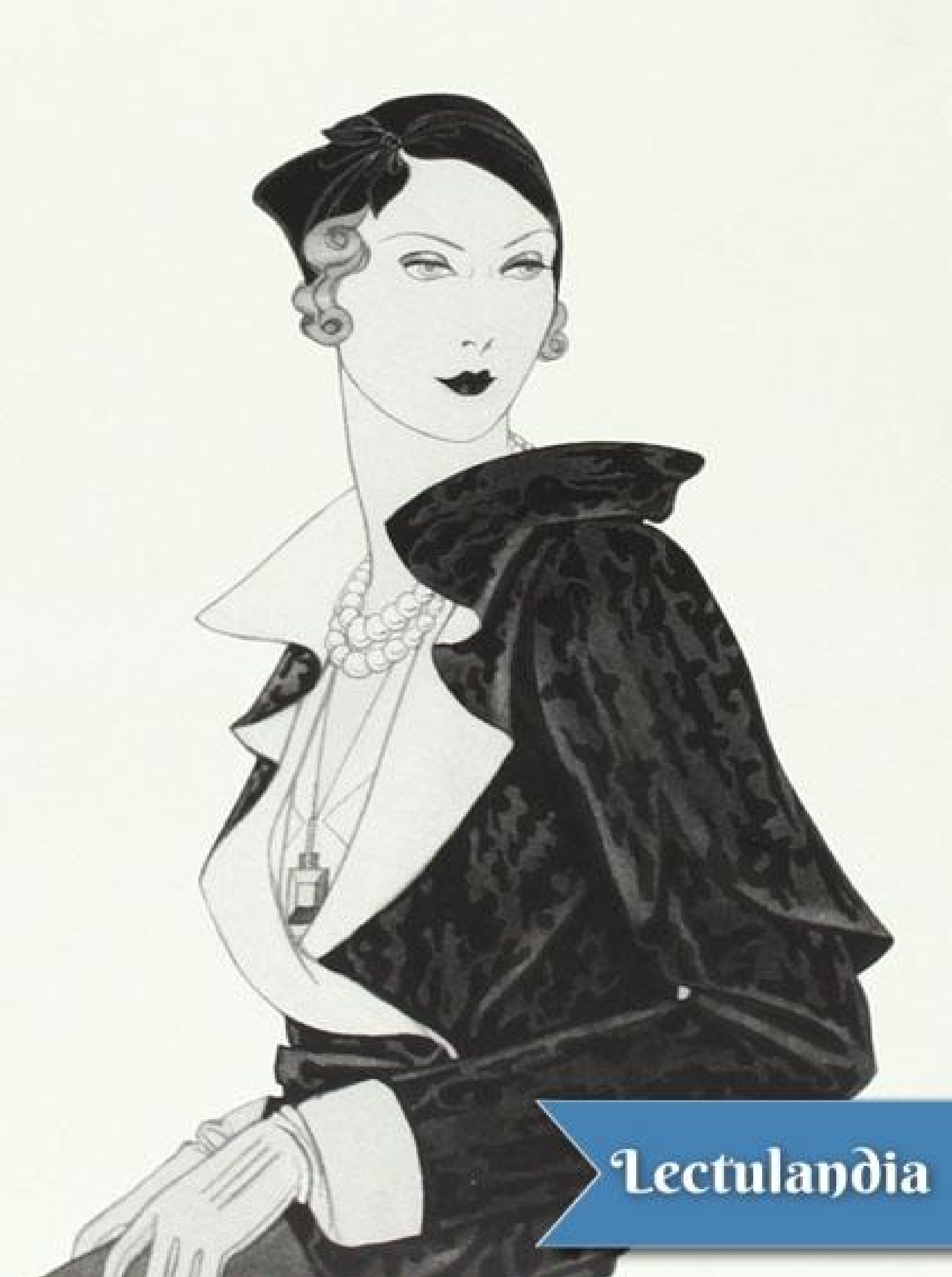
ALDOUS HUXLEY

LA SONRISA DE LA GIOCONDA

Traducción de ENRIQUE DE HÉRIZ



Si no fuera porque Mr. Hutton ha de soportar la carga de una esposa enferma y quejicosa, su vida sería extraordinariamente placentera. Vive en una casa confortable, con una biblioteca familiar bien surtida de libros, que son una tentación para quien, como él, ama la lectura; le gusta frecuentar la compañía de mujeres, en especial si son jóvenes y bellas; goza de un refinado paladar y no tiene problemas económicos. Su vecina, Janet Spence, se compadece de Mrs. Hutton y la visita con frecuencia para ofrecerle compañía y cuidados. Janet Spence está enamorada de Mr. Hutton. Desgraciadamente, según él, ha sobrepasado los treinta y cinco y carece de buen gusto, aunque posee cierto encanto enigmático. Cuando un luctuoso suceso convulsiona la vida cotidiana de los protagonistas de esta historia, afloran a la superficie unos comportamientos no convencionales, que ponen de manifiesto sentimientos poderosos con una capacidad aviesamente destructora. El punto de mira es Mr. Hutton. Caprichos del destino.

La sonrisa de la Gioconda es, dentro de la obra de Huxley, un divertimento nada circunstancial, una incursión en el género policíaco. Novela ajustada formalmente a los esquemas teatrales, cuyo protagonista es un apasionado de los bellos libros, la música, la pintura y el sexo.

Lectulandia

Aldous Huxley

La sonrisa de la Gioconda

ePub r1.0
Titivillus 29.06.15

Título original: *The Gioconda Smile: A Story*
Aldous Huxley, 1938
Traducción: Enrique de Hériz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRIMER ACTO

ESCENA I

Cuarto de estar en casa de ENRIQUE HUTTON*, en el valle del Támesis, cerca de Windsor. Época: verano.*

Las características de la habitación son esencialmente «modernistas». Una de las paredes consiste enteramente de unas puertas vidrieras que dan a una terraza pavimentada que se abre al jardín. Vista desde la sala esta pared de cristal corre diagonalmente de izquierda a derecha, formando ángulo hacia el centro del escenario con uno de los muros interiores del cuarto. Como una gran parte del escenario queda fuera de los cristales, puede verse perfectamente desde la sala lo que ocurre en la terraza. Hay una puerta al foro y otra de cristal, que da a la terraza. Cuando hace calor, es posible descorrer las puertas vidrieras; así queda la habitación abierta por completo mirando al jardín. En la pared del fondo cuelgan cuadros de conocidos pintores franceses, tales como Matisse, Bracque, Léger, Modigliani. El estilo de la decoración es el predominante en la Exposición de Artes Decorativas de París de 1926. Está puesta una mesita para el almuerzo. HUTTON *está sentado frente al público, con* JUANITA SPENCE *a su derecha. Frente a* JUANITA*, el sitio, al empezar la escena desocupado, de la* ENFERMERA*, señorita Braddock.* HUTTON *es hombre de cuarenta y cinco años, guapo, encantador, buen conversador.* JUANITA*, tiene unos diez años menos, esmeradísima educación y mucha finura pero es demasiado apasionada para resultar una compañera agradable. Al levantarse el telón,* CLARA*, la primera* DONCELLA*, está retirando el primer plato y colocando los de postre.* HUTTON *coge la botella del vino y se vuelve a* JUANITA.

HUTTON: ¿Un poco más de clarete?
JUANITA: Sólo una gota.

(HUTTON *le sirve el vino. En este momento la* ENFERMERA *entra y ocupa su sitio.* HUTTON *se dirige a ella*).

HUTTON: ¿Se comió el pollo?

ENFERMERA: Unos cuantos bocados solamente. Mucho me temo que hoy sea uno de sus días malos.

(HUTTON *va a servirle vino y ella tapa su copa con la mano*).

ENFERMERA: ¡No, no!

HUTTON: Lo siento, se me había olvidado. Totalmente abstemia. (*Se llena la copa*). Dicen que Mussolini no bebe nunca nada más embriagador que la leche de burra. El diablo no tiene vicios pequeños. Reserva todas sus energías para los grandes. (*A* JUANITA). Una de estas noches iré por tu casa a jugar una partida de ajedrez con tu padre.

JUANITA: Se alegrará muchísimo. ¡Ah! Ahora recuerdo. Tenemos un conflicto. La enfermera de papá acaba de decirnos que quiere marcharse.

HUTTON: ¿Quién? ¿Aquella linda chiquilla?

JUANITA: Se va a casar.

ENFERMERA: ¿Se va a casar? Creí que tendría más sentido.

JUANITA: ¿No conoce usted a ninguna que quisiera ocupar su puesto?

ENFERMERA: Con un paralítico, no. Por regla general no nos interesan mucho los casos de parálisis. Particularmente los masculinos. A veces suelen ser muy pesados. Pero, verá usted, lo que haré señorita Spence: como esta tarde salgo, me llegaré al hospital y se lo diré a la Intendente.

JUANITA: Es usted muy amable.

ENFERMERA: No tiene importancia. A propósito, señor Hutton, espero no le importará que vuelva algo tarde. Su señora me dijo que no tenía ningún inconveniente.

HUTTON: ¿Entonces, a qué preguntarme? No creo que la vayan a traer a usted mareada y alegrita. (*Señala el vaso de agua de la* ENFERMERA*; luego se vuelve a* JUANITA). Tengo que enseñarte mi nuevo cuadro, después de almorzar.

JUANITA: ¿Otro cuadro? ¿Pero no te da vergüenza, Enrique?

HUTTON: No lo he podido remediar. Es uno de los primeros Modiglianis. Uno de sus extraordinarios desnudos.

JUANITA: Me encantará verlo.

HUTTON: Me tienes que ayudar a elegir sitio para colgarlo. Usted también, señorita.

ENFERMERA: No lo cuelgue en ninguna parte, ese es mi consejo.

JUANITA: ¿No le gusta?

ENFERMERA: ¿Gustarme? Me produce náuseas.

HUTTON: Por lo que, mi querida Juanita, puedes inferir que debe ser bastante

bueno. Sólo la mejor pintura moderna produce náuseas a la señorita Braddock. Las cosas de segunda categoría no le producen más que unas ligeras palpitaciones. (CLARA *pasa el postre a* JUANITA, *luego a la* ENFERMERA).

ENFERMERA: A la señora Hutton tampoco le gustó. Mejor dicho…

HUTTON: … lo encontró verdaderamente repulsivo. Ya lo sabía yo sin que usted me lo dijese.

ENFERMERA: (*Levantándose dignamente y cogiendo su plato*). Si usted me lo permite, señorita Spence, voy a subirle esto a la pobre enferma.

HUTTON: ¿No le dará esas grosellas, verdad?

ENFERMERA: ¿Por qué no?

HUTTON: Acuérdese de lo que ha dicho el doctor Libbard. Nada con pellejos ni pipas.

ENFERMERA: Creo que debe dejársele comer lo que se le antoje. Le hace más provecho que tanto cuidado y tanta dieta.

HUTTON: Muy bien, haga lo que quiera, pero luego no me eche la culpa, si le sienta mal. (*Se marcha la* ENFERMERA *sin contestar*). ¡Si alguien se casase con ésta, en vez de con la tuya! Lo difícil es que habría que encontrar un hombre que además de sordo y ciego fuese un deficiente mental.

JUANITA: ¡Pobrecilla! Verdaderamente que no tiene mucha simpatía.

HUTTON: Y, sin embargo, Emilia bebe los vientos por ella. Así es que aquí la tenemos, de por vida, envenenándome las comidas. Hay dos modos de ser víctima de la mala salud. El primero es tenerla. El segundo, soportar a los que la tienen. A veces quisiera probar el primero, para variar.

JUANITA: Oyéndote cualquiera pensaría que eres un monstruo. Afortunadamente tus amigos sabemos a qué atenernos.

HUTTON: ¿De veras? Pues ya sabéis más que yo. Lo que yo sé es que no soy un san Francisco de Asís. Nada me induciría a besar a los leprosos. Felizmente soy lo bastante rico para pagar a otros que lo hagan por mí.

JUANITA: ¿Por qué eres tan cínico, Enrique?

HUTTON: Porque me gozo en los placeres de una conciencia tranquila. El cinismo no es más que una sencilla confesión sin arrepentimiento. Se reconocen los propios pecados y así se libra uno de la desagradable necesidad de la ocultación y de la hipocresía; pero habiéndolos confesado, ni se arrepiente uno ni se enmienda. Se publican nuestras faltas y se persiste en ellas.

JUANITA: ¡Qué de tonterías hablas, Enrique! Todo el mundo conoce tu paciencia y lo bueno que siempre has sido.

HUTTON: En otras palabras; que he tenido siempre una renta saneada.

JUANITA: ¡Pobre Emilia! La quiero muchísimo. Pero no dejo de reconocer… bueno, no le hace la vida muy fácil a los que están a su alrededor. Ni a sí misma, si viene al caso.

HUTTON: Es su peor enemigo, claro. ¿Pero quién no es el peor enemigo de sí mismo?

JUANITA: (*Pausa*). A menudo pienso qué es lo que yo haría si me encontrase enferma, sola, y viese que a nadie le importaba un ardite. Creo que me suicidaría.

HUTTON: No se suicida uno porque se tenga un motivo para matarse. Se hace porque… bueno, porque resulta que el cerebro no marcha bien. He conocido muchísima gente cuyas vidas no valían la pena de continuarlas; y, sin embargo, la idea de ponerlas fin ni siquiera les entró jamás en la cabeza.

JUANITA: Pero si tú supieses que, a causa de tu vida, las de otras personas no valían la pena de ser vividas, ¿la cosa no cambiaría de aspecto?

HUTTON: Ni pizca. Probablemente lo que haría es hacerle a uno agarrarse a su vida con más fuerza que antes, aunque sólo fuera para fastidiar a los amigos. Algunas gentes se matan por despecho y otras se abstienen de hacerlo también por despecho. En la superficie los síntomas varían ligeramente; pero en el fondo la enfermedad es siempre la misma.

JUANITA: Bueno, espero que si algún día me creo un estorbo tendré la suficiente fuerza de voluntad para quitarme de en medio.

HUTTON: La tendrías ahora que no es precisa. Pero si alguna vez estorbases sólo tendrías fuerza de voluntad para seguir estorbando.

JUANITA: No lo tomes a broma, Enrique.

HUTTON: ¡Si no lo tomo a broma! Sólo te quiero hacer ver la triste verdad.

JUANITA: ¿No crees que tendría valor?

HUTTON: No es cuestión de valor. Es sólo un problema de reacciones fisiológicas.

JUANITA: Si no lo pudiera hacer yo misma, le pediría a alguien que lo hiciera por mí.

HUTTON: No se lo pedirías a nadie. Sobre todo a esas alturas.

JUANITA: Lo haría anticipadamente, mientras tuviese el juicio claro. Les haría prometerme que, si alguna vez llegaba a ser yo una carga, me… ya lo sabes; les haría prometerme lo que quisiera hacer yo misma.

HUTTON: Mi querida Juanita, ¡eres incorregiblemente altruista! ¡Como el romano más noble! (*A la segunda camarera que acaba de entrar y anda de un lado para otro como buscando algo*). ¿Qué quieres, Maisie?

MAISIE: La señora quería su tarro de sales.

HUTTON: ¿Se siente decaída?

MAISIE: No, señor; creo que no. Quería las sales nada más. Aquí está. (*Encuentra el tarro y hace mutis*).

HUTTON: Bébaselo. Tiene el tiempo justo. (*Le señala la taza de café*).

ENFERMERA: (*A regañadientes*). Es usted muy amable.

(HUTTON *coloca el vaso de la medicina y la taza de café de Emilia en una*

bandejita y va hacia la puerta).

HUTTON: No lo mire, no le vayan a entrar fatigas.

(*Señala el caballete y sale. Silencio.* JUANITA *se queda mirándole*).

ENFERMERA: ¡Esa pobre señora Hutton!

(JUANITA *se sobresalta y mira a su alrededor*).

ENFERMERA: La compadezco atrozmente.

JUANITA: Con el corazón en esas condiciones me figuro que puede acabarse en cualquier momento. En cualquier momento…

ENFERMERA: No es en su salud en lo que estoy pensando. Es… bueno, ya sabe usted en qué. (*Pausa*). Señorita Spence, si yo pudiera decirle ciertas cosas, se le pondrían los pelos de punta.

JUANITA: ¿Qué cosas?

ENFERMERA: Ciertas cosas que se descubren si se ha sido enfermera durante veintitrés años. Y lo que es más, en las mejores casas. ¡Cuando pienso en ese pobre ángel de ahí arriba!

JUANITA: ¡Qué sino más trágico el suyo! Cuando la conocí, Emilia era una belleza. Salía su retrato en las revistas y todo. Luego vino la enfermedad y se desfiguró horriblemente. (*Se toca la cara para demostrar la naturaleza de la desfiguración*). De repente ya no le quedaba nada. Ninguna de las cosas que le valían la pena de vivir. Ni fiestas, ni teatro, ni admiradores, nadie que la cortejase ni la adulase, ni siquiera nadie que la escuchara.

ENFERMERA: ¡Así son los hombres! Lo único que les importa es… lo sexual. Nada más que lo sexual. Yo no me fiaría de ninguno de ellos. Ni siquiera del mismo arzobispo de Canterbury. ¿No le ha hablado nunca la señora Hutton de… sabe usted? (*Mira hacia la puerta*).

JUANITA: ¿Qué dice?

ENFERMERA: Cómo todos los demás. Lo sexual… Eso es todo lo que ella significaba para él. Y cuando eso se acabó… pues, adiós. Ya es un milagro que no se haya ido con otra.

(*Mutis llevándose la lata.* JUANITA *permanece de pie, inmóvil unos segundos, luego se sienta frente al caballete. Vuelve* HUTTON).

HUTTON: ¿Qué te parece?

JUANITA: Es precioso.

HUTTON: ¡Y pensar que aún podría vivir y seguir pintando estas cosas! ¡Me

desesperan estas gentes que mueren jóvenes! Todos los Keats y Shelleys y Schuberts. Es algo idiota. Toma nota, Juanita. Quedas invitada a almorzar el día que cumpla yo los ochenta.

JUANITA: ¿Estás seguro de que no te habrás cansado un poquito de mí por entonces?

HUTTON: ¡No! Aún estaré pensando qué es lo que se esconde tras esa misteriosa sonrisita tuya. Dime: ¿Qué oculta ahora mismo? Ya sabes como un perro puede aparecer maravillosamente espiritual. Como El Despertar del Alma. Y de repente, se pone a cazar pulgas.

JUANITA: ¿Me crees esa clase de persona?

HUTTON: ¡Ojalá! Es una tranquilidad cuando las mujeres son así. Lo que tú haces es lo que hace Modigliani.

JUANITA: ¿Qué quieres decir?

HUTTON: Mira la figura ésta. Perfectamente plana. Y, sin embargo, modelada. Consiste en la línea. Si la línea es lo bastante buena, implica el volumen. Ya sabes que hay una tercera dimensión. Pues bien, hay personas así. Son planas, no dicen nada de particular, no realizan ningún esfuerzo particular para expresarse. Y sin embargo, se apercibe uno de sus profundidades, volúmenes y espacios psicológicos. Pues bien, tú eres una de esas personas.

JUANITA: No sé si tomarlo como elogio o como ofensa.

HUTTON: De los dos modos y de ninguno. Es algo maravilloso tener una personalidad rica. Pero si se tiene una rica personalidad, jamás deja de incluir un buen número de manías y rarezas, sin nombrar las otras cosas, las vergonzosas, los reptiles de los sótanos, las cucarachas bajo el artesonado.

JUANITA: ¿Y esa soy yo, verdad?

HUTTON: Esa eres tú, mi misteriosa Gioconda.

(JUANITA *le lanza una de sus sonrisas, luego desvía la mirada de él y queda en silencio un momento*).

JUANITA: Esto me recuerda la primera vez que vi un cuadro postimpresionista.

HUTTON: ¿Cuándo fue?

JUANITA: «¿Cuándo fue?» (*Mueve la cabeza*). Tu pregunta me demuestra lo poco que podemos comunicarnos. Cada uno estamos en nuestro propio islote. Tú me saludas de lejos con la mano, yo te contesto con igual saludo. Pero no podemos nunca desembarcar uno en la isla del otro, ni saber cómo vive, ni lo que piensa y siente.

HUTTON: Quizá haya que agradecerlo. Sería para mí atrozmente desconcertante que alguien desembarcara y se pusiera a explorar.

JUANITA: Y sin embargo es terrible darnos cuenta de nuestro aislamiento. Por ejemplo, nos pasa algo, algo de enorme importancia y significado y, no obstante, para

quien estuvo con nosotros cuando aquello ocurrió, para la persona que fue la causa de que aquello sucediese, no tiene la menor importancia. ¿Recuerdas a una joven que volvió de la India, poco después de la guerra?

HUTTON: Una encantadora y bellísima joven.

JUANITA: Eso no viene a qué. La cuestión es que le enseñaste tus cuadros, que te molestaste en explicarle de qué trataban.

HUTTON: Ya empiezo a recordar.

JUANITA: Jamás lo olvidó ella, esa es la diferencia. ¿Sabes lo que hiciste por mí, Enrique? Abriste una ventana y me mostraste todo aquello de lo que sólo de oídas conocía: la pintura, la crítica, la música. Fue como una revelación, como una conversión. Y tú no experimentaste nada de lo que yo sentí.

HUTTON: ¿Cómo podría yo? Al fin y al cabo no había yo pasado los mejores años de mi vida en una ciudadela india.

JUANITA: ¡Y pensar que gracias a Dios y a ti no estoy allí ahora mismo! Sería hoy la señora de un coronel.

HUTTON: ¿Quién sabe? Acaso hubieses sido muy feliz, Juanita, Quizá fuese una gran equivocación tuya dejar a tu simpático y joven capitán.

JUANITA: ¿Cómo puedes decir eso, Enrique?

HUTTON: Después de todo, un hombre puede tener pésimo gusto en arte y ser un inmejorable marido. Y viceversa.

JUANITA: Pero lo uno no excluye necesariamente lo otro.

HUTTON: No; he conocido gentes que han sacado el mejor partido de ambas cosas. Como cierta persona a quien le gusta esto. (*Señala el cuadro del caballete*). ¡Qué feliz sería yo si tuviese una hija que me cuidara con la misma devoción que cuidas tú a tu padre!

JUANITA: ¡Hablas como si yo fuera un monstruo de altruismo!

HUTTON: Lo siento, Juanita, lo eres. Pero, a pesar de ello, puedes contemplar esto sin sentir náuseas, como la enfermera o la pobre Emilia.

JUANITA: ¡Qué raro es que Emilia no se haya interesado nunca por la pintura!

HUTTON: ¡Pero si le gusta! Le gusta mucho, pero su interés no es muy universal. Le gustan los retratos; pero son los de sí misma, y éstos únicamente si la favorecen y si están hechos por pintores carísimos.

(*Entra* CLARA).

CLARA: Dispense el señor. Dice la señora si quiere usted hacer el favor de subir unos instantes.

HUTTON: Dile que iré dentro de un rato.

CLARA: Quiere que suba el señor ahora mismo.

HUTTON: Está bien. Está bien. Perdona, Juanita, no tardaré.

JUANITA: De todos modos, me tenía que marchar en seguida.

HUTTON: Espera a que vuelva, por favor.

JUANITA: Naturalmente. (*Sale* HUTTON. CLARA, *mientras tanto, recoge el servicio de café*). Clara, ¿se encuentra peor la señora?

CLARA: Que yo sepa, no, señorita. De todos modos, mejor o peor, igual da.

JUANITA: Debe usted tener mucho trabajo con un enfermo en la casa.

CLARA: Se acostumbra una, señorita. Se acostumbra una a todo.

JUANITA: Sí, se acostumbra una a todo, hasta que llega el momento en que se dice ¡Basta!

CLARA: Y de mucho que le sirve a una eso. Porque en llegando el caso, una cosa es tan mala como la otra. En el supuesto de que no sea peor. Habrá aquí enfermos, pero si se marcha una a otra parte será la bebida, la tacañería, galanteos con actrices, serán santurrones o tendrán acaso un monito. Cambie usted de colocación tanto como quiera, siempre anda algo mal. Así es que lo mejor es quedarse donde estamos. Este es mi consejo.

(*Hace mutis, llevándose el servicio de café.* JUANITA *se sienta, coge un libro y empieza, a leer.* DORIS *mead cruza la terraza de puntillas, entrando del jardín, y echa un vistazo hacia dentro. No ve a* JUANITA, *que está sentada en una silla de alto respaldo que la tapa. Entra* DORIS *en el cuarto.* JUANITA *oye los pasos y se inclina fuera de la silla para ver quién es*).

JUANITA: ¿Qué hace usted aquí?

DORIS: ¡Ay! (*Se sobresalta violentamente*).

JUANITA: ¿Busca usted a alguien?

DORIS: Sí… al señor Hutton.

JUANITA: ¿Le esperaba, él?

DORIS: Sí; es decir, no. Lo que quiero decir es que él sabe quién soy.

JUANITA: ¿Por qué no llamó usted a la puerta principal?

DORIS: Es que… vine por el jardín. Era más corto. Es decir…

(*De repente, se abre la puerta de par en par y entra* HUTTON *hablando*).

HUTTON: No era nada, claro. Mimos. (*Ve a* DORIS *y una temerosa sorpresa se pinta en su rostro. Luego se domina, sonríe cortésmente y, adelantándose hacia ella, le da la mano*). ¡Señorita Mead, qué agradable sorpresa! No creo que conozca usted a la señorita Spence. (*Se dirige a* JUANITA). La señorita Mead cobra las suscripciones para «El Hogar de Niños Impedidos». (*A* DORIS) Ya le tengo el cheque listo, señorita Mead.

DORIS: ¿Sí?… Muchas gracias.

HUTTON: Me gustaría anotar el dinero que gasto en estas suscripciones. (*Va a la mesa y coge unos papeles*). No sabía qué hoja tenía que llenar. (*A* JUANITA). Dispénsame.

JUANITA: Adiós, Enrique.

HUTTON: No te vayas. No tardo un segundo.

JUANITA: Tengo que marcharme. (*Le tiende la mano*). Dale las gracias a Emilia de mi parte y dile cuánto siento no haber podido verla.

HUTTON: Se lo diré. (*La acompaña hacia la puerta*).

JUANITA: De ningún modo. No te molestes. Sé la salida. Tienes que atender a tus impedidos. Adiós.

HUTTON: Te telefonearé mañana y veremos para cuándo fijamos esa partida de ajedrez con tu padre.

JUANITA: No dejes de hacerlo. (*Le lanza una sonrisa final y sale*).

(HUTTON *se vuelve y va hacia* DORIS *con expresión enfadada*).

HUTTON: ¡Pequeña idiota!

DORIS: ¡Ay, Osito!

(DORIS *trata de echarle los brazos al cuello, pero él se lo impide empujándola*).

HUTTON: Nada de eso. Estoy muy enfadado contigo. Sabes muy bien que no tienes nada que hacer aquí.

DORIS: Sí, lo sé, cariño. Pero iba con Lily Peters en su coche y cuando pasamos por tu puerta no pude resistirlo.

HUTTON: ¿Ves lo que ha pasado? Afortunadamente tenía ahí esos papeles.

DORIS: Eres maravilloso, Osito. ¡Niños impedidos!… (*Se ríe*).

HUTTON: No le veo la gracia. Si te diesen la azotaina que mereces también serías tú una criatura impedida. (*Le da una palmada más abajo de la espalda*). Ahora siéntate, antes de que se te ocurra algo peor.

(DORIS *se sienta en el sofá y él se sienta a su lado.* DORIS *echa una ojeada por el cuarto. Sus ojos descansan en un cuadro de Matisse, que representa varios desnudos contorsionados con caras espantadas, echados o reclinados en medio de unas tapicerías de dibujos chillones, junto a una mesa con un jarrón con flores, que parece se inclina hacia delante*).

DORIS: ¡Cielos! ¿Esto qué es?

HUTTON: Es bonito, ¿verdad?

DORIS: Pero, por Dios, Osito… (*Le mira, ve que él habla perfectamente en serio, y*

vuelve a contemplar el cuadro). Pero… las muchachas no son así. Es decir, no te gustaría si yo… (*Se calla muy apurada*).

(HUTTON *rompe a reír de pronto y la rodea con su brazo*).

HUTTON: Claro que no. Por suerte no eres un trozo de cañamazo.

(DORIS *se anida junto a él. El deseo de* HUTTON *puede más que su enfado. La besa una vez, se echa para atrás; luego vuelve a besarla casi ferozmente.* DORIS *casi se desvanece en sus brazos. Cuando él vuelve a echarse hacia atrás,* DORIS *abre los ojos, sonríe y empieza a despeinarle*).

DORIS: Pareces un negrito.

HUTTON: Pues no quiero decirte lo que pareces tú. Lo tacharía la censura.

DORIS: ¡Animal! (*Le da un rápido tirón de pelos. Él le coge la muñeca, se lleva, la mano de* DORIS *a la boca y se la muerde*). ¡Que me haces daño!

HUTTON: ¡Me alegro! (*Le vuelve a morder la mano*). Restos de canibalismo…

(DORIS *le retira la mano y se pone seria*).

DORIS: Osito, ¿me quieres?

HUTTON: ¡Más que un caníbal!

DORIS: No hablo en broma. Lo que te quiero decir es si me quieres de verdad.

HUTTON: ¿Que si te quiero de verdad? Bueno, primero he de saber cuál es tu definición de la Verdad. ¿Eres una empírica? ¿Crees exclusivamente en particulares concretos, tales como esta oreja, esa absurda naricilla, esa deliciosa boca? (*Va tocando la oreja, nariz y boca de* DORIS *al nombrarlas*). O, por el contrario, ¿eres una idealista platónica? ¿Crees tú que existe el Amor con mayúscula antes que cualquier amor individual con minúscula? En otras palabras, ¿consideras el concepto superior al precepto?

DORIS: ¡Cállate ya! ¡Te detesto cuando hablas tanto disparate!

HUTTON: Perdona, encantito, creí que eras metafísica.

DORIS: Sé que no me quieres de verdad. Pero no me importa. Yo puedo querer por dos. Si no te quisiera, ¿sabes?, pensaría que eres algo horrible.

HUTTON: Pues lo mismo te digo, preciosa. (*Le da un capirotazo*). ¿Quieres cenar esta noche conmigo?

DORIS: ¡Ay, Osito, sería maravilloso!

(HUTTON *le dice algo al oído.* DORIS *se ríe, mueve la cabeza, luego esconde la cara contra la americana de él*).

HUTTON: ¡Bueno! Pero ahora tienes que prometerme una cosa. Nunca jamás volverás a esta casa. No viene a qué; es tonto y es peligroso. Así es que no debes hacerlo.

DORIS: Está bien. Te lo prometo (*Pausa*). Dime, Osito, ¿está ella aquí?

HUTTON: ¿A quién te refieres?

DORIS: Demasiado sabes a quién. ¿Está todavía tan enferma?

HUTTON: Hablemos de otra cosa.

DORIS: ¡Sí, ya lo sé! ¡No soy digna de nombrarla!

HUTTON: No digas tonterías. Es simplemente cuestión de tacto, de buen gusto.

DORIS: En otras palabras: Te avergüenzas. No quieres que se te recuerde lo que haces; quieres hacerlo y no pensar más en ello. ¿Sabes lo que eso significa? Pues, que no me quieres de verdad. A mí no me da vergüenza. Nada me importaría decírselo a todo el mundo. Porque te quiero, porque siento que quererte es lo mejor que he hecho en mi vida. De seguro que tú no sientes eso.

HUTTON: (*Con una sonrisa perversa*). Nadie se siente orgulloso de… bueno, de ser seductor.

DORIS: ¡Un seductor! ¡Tiene gracia! ¿Te acuerdas de la primera vez que me besaste? Pues yo ya me había propuesto conseguir que tú me besaras. Y lo conseguí.

HUTTON: ¡Me mataste!

DORIS: Así es que ya lo ves, no tienes que sentirte tan culpable. Pero no te hablaré de ella, Osito. Sé que te hace sufrir. Y, además, me da ella mucha pena. Y tú también me la das, después de todo.

HUTTON: ¿Que te doy yo pena?

DORIS: Sí; porque no puedes ser tan feliz como yo. (*Pausa*). La que estaba aquí hace un momento, ¿era Juanita Spence?

HUTTON: Sí.

DORIS: No me la imaginaba así, por el modo como siempre hablabas de ella. ¡Pero si es más vieja que Matusalén!

HUTTON: Naturalmente, para ti tiene ya un pie en la sepultura A mí me parece una muchacha muy atractiva de treinta y cinco años. Hace diez años era verdaderamente bonita.

DORIS: Supongo que «flirtearías» con ella, ¿verdad?

HUTTON: Naturalmente.

DORIS: ¿«Flirteas» aún con ella?

HUTTON: Sólo del modo más espiritual. Representamos una especie de escenas a lo Dante y Beatriz. ¿Sabes? Somos compañeros de alma. (DORIS *se zafa de su abrazo*). ¿Qué te ocurre?

DORIS: A veces te odio de verdad.

HUTTON: Felizmente tienes un modo inimitable de demostrármelo. (*Trata de abrazarla otra vez, pero ella lo evade*). ¡No seas tonta! ¿No comprendes una broma?

DORIS: No es broma. Te interesa.

HUTTON: No me importa nada. Sólo me interesan las cosas que a ella le interesan. Es la sola persona, en este barrio olvidado de Dios, que no es ni un bárbaro ni un filisteo. (*Se mira el reloj*). ¿Y si nos fuésemos en el coche a dar un paseo antes de comer?

DORIS: ¡Sería delicioso!

HUTTON: ¿A dónde iremos? ¿Al Faro de Ivinghoe?

DORIS: ¡Sí! ¿Te acuerdas de las mariposas que vimos la última vez? Eran como chispas de fuego azul. Y luego, cómo abrían y cerraban las alas al posarse en las flores de escabiosa… Todo azul… y debajo como pecas de plata. Vámonos, Osito.

HUTTON: Muy bien. Voy a recoger mis cosas y a decir que esta noche no estaré en casa.

(*Sale él.* DORIS *se levanta y curiosea de puntillas por la sala, tocando los objetos de arte, abriendo los libros. Luego se para ante un bodegón de Bracque. Lo mira atentamente un rato. Después trata de ver qué efecto le produce mirándolo del revés. Mientras lo hace oye volver a* HUTTON *y se endereza de prisa. Entra* HUTTON).

HUTTON: Bueno, ya arreglé mi coartada. Has de saber que voy a comer esta noche con el respetable señor Johnson para tratar del monumento a la Guerra. Con la velocidad actual del progreso, estará terminado al tiempo preciso de empezar la próxima pequeña matanza para terminar con todas las matanzas. (*Mientras habla llena su pitillera de la caja de plata que hay en la mesa*). Acaso de la próxima no, sino de la otra. Esto es, si queda algo de nosotros para entonces. (*Toma a* DORIS *del brazo y salen por la puerta de cristales*). Mientras tanto, vida mía, «La tumba es un sitio privado y amable; pero yo no sé que allí bese nadie». De lo cual sólo podemos sacar una conclusión.

DORIS: ¿Cuál?

HUTTON: Ya lo verás.

TELÓN

ESCENA II

La misma decoración; alrededor de la medianoche.

La habitación está completamente a oscuras, pero afuera brilla la luz de la luna. HUTTON *viene por el jardín, cruza la terraza, entra y oprime un conmutador. La luz despierta al doctor* LIBBARD*, que estaba dormitando en el sofá.*

HUTTON: ¡Libbard! ¿Está mi mujer mala?

LIBBARD: Los criados fueron a buscarle a casa del señor Johnson. Allí no sabían nada de usted.

HUTTON: No pude ir. Tuve una avería.

LIBBARD: Su esposa no hacía más que preguntar por usted.

HUTTON: Subiré en seguida a verla. (*Se dirige a la puerta*).

LIBBARD: Siento que ya sea demasiado tarde.

HUTTON: ¿Demasiado tarde? (*Mira el reloj*). Sí. Estará dormida.

LIBBARD: Emilia murió hace unas cuatro horas.

HUTTON: Pero… ¿ha muerto?

LIBBARD: Desgraciadamente no estaba yo en casa cuando me avisaron. Cuando llegué ya había pasado todo. Y quiso la mala suerte que también fuese el día de salida de la enfermera. La única persona que estaba con ella, excepto las doncellas, era Juanita Spence.

HUTTON: ¿Mandaron por Juanita?

LIBBARD: Creo que su presencia tiene que haber sido un gran consuelo para la pobre Emilia. ¡Estos ataques cardíacos causan tanta aprensión! Auténtico pánico animal. Conforta poder coger una mano, para sentir que no se está abandonado por completo.

HUTTON: Es raro; estos últimos días no se quejaba del corazón.

LIBBARD: Fue de repente. Tuvo un ataque violento de náuseas, por la tarde. Eso fue lo que echó abajo el corazón. Según infiero por lo que me dijo la doncella, había tomado unas grosellas en el almuerzo.

HUTTON: ¿Quiere usted decir que eso puede haberla matado?

LIBBARD: Indirectamente, sí. Cuando un corazón está en las condiciones que estaba el suyo, no puede arriesgarse la menor indiscreción. La causa es nimia, pero las consecuencias pueden ser desastrosas.

(*Se entreabre la puerta y mira para dentro la* ENFERMERA. *Acaba de llegar y todavía está en traje de calle*).

ENFERMERA: Dispénseme. Vi luz y me figuré que… ¿Pasa algo?

HUTTON: (*Con amargura*). Nada; sólo que se ha dado usted trazas de matar a su enferma.

ENFERMERA: ¿Qué dice usted?

LIBBARD: La señora de Hutton murió de un ataque cardíaco mientras estaba usted ausente.

HUTTON: Porque le dejó usted tomarse esas grosellas. ¿Se acuerda? Ya se lo advertí. Pero insistió usted en dárselas. Quería salirse con la suya, ¿verdad?

LIBBARD: ¿Es cierto?

ENFERMERA: ¡Pero si… le gustaban tanto!

LIBBARD: Ya sabe usted que siempre he insistido en una dieta.

ENFERMERA: No podía creer que unas pocas grosellas…

LIBBARD: Basta… señorita. Ha desobedecido usted mis instrucciones. Ha hecho usted muy mal. Admítalo. (*La* ENFERMERA *empieza a llorar*).

HUTTON: Sí, admita usted que la ha matado.

LIBBARD: Por favor, Hutton. Esto es un asunto profesional. No debemos inyectarlo de retórica. No nos busquemos emociones violentas. Y, además, no son esas las emociones que le van a causar a usted ningún bien. Está usted queriendo escamotear el hecho. Ella ha muerto y usted vive. Eso es lo que tiene usted que pensar. Respecto a usted, todo lo demás sobra.

HUTTON: Sí, tiene usted razón.

(*Entra* JUANITA).

JUANITA: ¡Enrique! (*Va hacia* HUTTON, *le toma una mano entre las dos suyas y permanece por unos segundos callada*). ¡Está ahora tan tranquila, tan hermosa! Se siente al verla que por fin llegó a su Hogar. Llegó a su Hogar y duerme.

HUTTON: Voy a subir a su cuarto.

JUANITA: Sí, sube, Enrique. (*Hace mutis* HUTTON. JUANITA *se acerca a la* ENFERMERA *y le echa un brazo sobre los hombros*). Ya sé que para usted debe haber sido un golpe tremendo. ¡La quería usted tanto!

ENFERMERA: (*Sollozando*). Dice el doctor que ha sido por culpa mía.

JUANITA: (*Volviéndose al doctor*). ¿Por culpa suya?

LIBBARD: Di ciertas instrucciones. La señorita Braddock optó por ignorarlas. Si esto ha sido la causa de lo que ha pasado esta noche, no lo sé. Pero puede haber sido. Las grosellas son acaso lo último que le hubiese yo permitido tomar a la señora de Hutton.

JUANITA: ¿Cree usted que fueron las grosellas?

LIBBARD: No comió nada que pudiese sentarle tan mal. (*Se dirige a la* ENFERMERA

que está llorando amargamente y le pone una mano en el hombro). Mejor será que se acueste. No hace falta que esté levantada. Ya… no puede hacer nada por nadie.

(*La* ENFERMERA *se levanta y todavía con el pañuelo en los ojos sale*).

JUANITA: ¿Qué va usted a hacer en este caso, doctor Libbard?

LIBBARD: Me figuro que tendría que denunciarla a su Colegio. Lo extraño es que se trata de una enfermera de las mejores. Cuidadosa, consciente, ni tonta, ni distraída…, y a pesar de todo hace algo que es absolutamente imperdonable.

JUANITA: Me figuro por qué lo hizo.

LIBBARD: Supongo que quería demasiado a su enferma. Creyó que le hacía a la pobre mujer un favor.

JUANITA: Sí, quería a Emilia de verdad. Pero eso sólo es parte de la explicación. El resto es que quería molestar a Enrique.

LIBBARD: ¿Por qué?

JUANITA: Porque no le gusta. Por eso.

LIBBARD: Me figuro que sólo por pertenecer al sexo masculino. A algunas les pasa eso.

JUANITA: Enrique tenía siempre mucho interés en que Emilia se atuviese a su dieta. Era lo bastante para que la señorita Braddock le llevase la contraria.

LIBBARD: Resultando que mata a la persona a quien más quiere. Es extraordinario como la tragedia se asemeja a la farsa. De hecho son básicamente iguales. La única diferencia está en que la farsa es algo incongruente que sucede a los extraños. La tragedia es lo incongruente que nos pasa a nosotros mismos o a nuestros amigos. ¡Si no hubiésemos conocido a Emilia, qué historia más grotesca y ridícula sería esta! ¡Ay, Juanita! (*Suspira. Pausa*).

JUANITA: No he tenido ocasión de decirle, doctor, que la enfermera de mi padre se nos va.

LIBBARD: ¡Pobre Juanita!

JUANITA: Estaba pensando en rogarle a la señorita Braddock que ocupase su puesto. Es decir, si cree usted que nos conviene.

LIBBARD: Como ya le he dicho es una enfermera extraordinariamente eficaz. No creo que hubiese ninguna dificultad psicológica, ¿verdad?

JUANITA: No, me parece que me tiene bastante simpatía.

LIBBARD: Y el general, es un anciano y además paralítico. Así es que no creo sintiera ningún resentimiento subconsciente contra él.

JUANITA: El único pero es que si usted pensaba denunciarla…

LIBBARD: Es muy difícil saber en qué consiste nuestro deber. Si fuese una mala enfermera no titubearía en hacerlo. Pero es una buena enfermera. Siempre he quedado más que satisfecho de ella, hasta ahora. Sentiría atrozmente destrozar la

carrera a la pobre mujer.

JUANITA: ¿Cree usted que hay algún peligro de que en casa cometa una equivocación semejante?

LIBBARD: No, creo que no. (*Pausa*). Muy bien. No diré nada a condición de que se vaya con ustedes. De vez en cuando le daré una lección.

JUANITA: Es usted muy bueno, doctor Libbard.

LIBBARD: Trata uno de poner las cosas en su punto.

JUANITA: ¿Le parece a usted que vaya a hablar con ella?

LIBBARD: Sí, vaya. La pobre mujer estaba desesperada. Esperaré aquí a Hutton.

(JUANITA *sale. El doctor* LIBBARD *se pasea Por el cuarto. Entra* HUTTON *y se sienta silenciosamente*).

LIBBARD: No hay nada que hablar. No hay más que una serie de necedades que no significan nada. Se habla en un universo; se muere y se sufre en otro. Son ambos inconmensurables. No hay ninguna conexión entre ellos. Descubrí esto cuando Margarita murió.

HUTTON: ¿Estaban ustedes dos muy unidos, verdad?

LIBBARD: Llevábamos casados casi treinta años.

HUTTON: Treinta años… Pero no es el tiempo lo que cuenta. Es lo que se siente, lo que se es. (*Coge una fotografía con marco que está sobre el escritorio y se la da al doctor*). ¿Se acuerda usted de Emilia como era entonces?

LIBBARD: Decía Margarita que era como la princesa de un cuento de hadas.

HUTTON: Y como la muchacha a quien Shelley escribió sus más preciosos versos; también se llamaba Emilia.

«Emilia,
Se mece un barco en el puerto,
sopla sobre el monte el viento;
los bravos marineros son alegres amigos.
Dime, hermana del alma, ¿navegarás conmigo?».

Y navegamos. Incluso desembarcamos en la isla encantada de Shelley.

«Juntos nos pasearemos al despertar el día
bajo el techo de azul de clima yónico,
o nos demoraremos allí donde la orilla,
bajo los besos tenues y rápidos del mar,
tiembla y brilla de éxtasis».

LIBBARD: Siga.

HUTTON: Estoy queriendo recordar. Es algo, es algo…

«… acaso al mediodía llegaremos
a profunda caverna que conserve
algún rayo de luna que la noche
olvidado aléjase de su sueño,
(al que jamás luz de frente mira)
velo tupido de la noche
que en un segundo sueño haga morir
tus luces inocentes.
Sueño, fresco rocío de amor, lluvia
que apaga el fuego de los besos;
mas a encenderse vuelve.
Hablaremos, la melodía del alma
no se podrá emitir de puro dulce
y morirá en palabras para otra vez nacer
en la mirada que el mudo corazón
con sus tonos conmueve,
silencios sin sonido musicando.
Se mezclarán nuestros suspiros,
nuestros pechos unidos.
Latirán juntas nuestras venas y nuestros labios
más que palabras elocuentes,
el alma eclipsarán que entre ellos arde…».

Antes me la sabía toda y se la recitaba a ella…
(*Pausa*). ¿Le digo en dónde he estado esta noche?

LIBBARD: No es preciso. Está muy claro.

HUTTON: Me figuro que me considerará usted un ser despreciable, ¿verdad?

LIBBARD: ¿Despreciable? No me creo con el derecho de emitir semejante juicio.

HUTTON: Pues yo sí. Y eso es lo que soy, lo que siempre he sido: ¡despreciable!

LIBBARD: Nunca lo he creído así. Pero a veces me ha dado usted muchísima lástima. Nacer siendo tan rico como usted, no es ninguna suerte. Sabe Dios que ya es bastante terrible tener que ganarse la vida; pero por lo menos señala cierto propósito y dirección a nuestra existencia. Mientras que, un rico, un hombre sin ocupación o sin familia a quien mantener no tiene que preocuparse de nada más que de sus gustos y apetitos. Ansioso un momento, consigue lo que desea, y se hastía de asco y de saciedad. Claro es que todos somos iguales. Pero si se tiene uno que ganar la vida, debe dominarse un poco.

HUTTON: ¿Y si es rico?

LIBBARD: El rico se puede permitir vivir sin continuidad, quiero decir, con intermitencias. Y, analizándolo bien, es lo mismo que no ser del todo humano.

HUTTON: ¿Me cree usted capaz de cambiar?

LIBBARD: Naturalmente, si así lo desea.

HUTTON: Lo deseo.

LIBBARD: En este preciso momento, sí. Es muy fácil ser heroico en una crisis. Lo difícil es llegar a serlo a medias en tiempos normales. Recuerdo lo que pasó durante la guerra. ¡Tanto valor y sacrificio! Toda aquella camaradería y mutua ayuda. Todas aquellas esperanzas por un mundo mejor, completamente nuevo. Pues bien, tenemos paz y mire lo que pasa. Ni valor, ni sacrificios, ni mutua ayuda, ni esperanza. Sólo la acostumbrada miseria, con una gran resquebrajadura en el barniz de la civilización. Y cuando se mira a través de esta grieta, se contempla el abismo, se ve el infierno queriendo subir hasta el sol. Pues bien, sucede lo mismo con los individuos que con las naciones. En este momento haría usted cualquier cosa. ¿Pero qué será usted dentro de un mes?

HUTTON: ¿Me cree usted tan débil como todo eso?

LIBBARD: ¿Qué sé yo? No me sorprendería si lo fuese. A los cincuenta y ocho he dejado de sorprenderme de nada. (HUTTON *va al escritorio y se prepara a escribir una carta*). ¿Qué hace usted?

HUTTON: Perdone un momento.

(LIBBARD *se levanta, sale a la terraza y mira el cielo*).

LIBBARD: Casi se ha puesto la luna. Se ven las estrellas. Lo que menos me gustaba cuando trabajaba en Londres era no ver el cielo, sólo humo con anuncios de *whisky* en vez de constelaciones. (*Entra en el cuarto y se pasea por él mientras sigue hablando*). Esto es lo que hace al hombre moderno tan estúpidamente pretencioso. Vive en un horrible universillo de fabricación casera y cree que ha conquistado el Universo de Dios. Pero el hombre no ha conquistado nada, simplemente ha cambiado las condiciones de la batalla. Y en muchos casos el cambio las ha empeorado. Ha multiplicado su especie hasta el punto que la mayoría de los individuos no encuentran suficiente alimentación y siguen las cifras subiendo. Se ha industrializado hasta el punto de que está en peligro de agotar los recursos naturales. Créditos para gastos, ahí se basa nuestra entera civilización. Unos cuantos somos ricos porque el hombre moderno se da prisa en gastarse su capital irrecuperable en el más corto tiempo posible. Y a esto le llamamos progreso. ¿Cómo puede nadie hablar de progreso cuando persisten la vejez y la muerte? La vida no progresa. Es una ola que sube, se queda al mismo nivel cierto tiempo y luego se hunde, se hunde, como le ha pasado esta noche a la pobre Emilia. (*Mientras* LIBBARD *pronuncia estas últimas palabras,* HUTTON *lacra la carta, le pone el sello y se vuelve al doctor*). Y Emilia era una de la

afortunada minoría. Podía comprar o alquilar todo cuanto nuestra civilización puede ofrecernos. Y pocas veces he conocido a persona más desgraciada que esa pobre mujer. O más restringida, más encerrada en sí misma, menos libre, a pesar de su libertad de elección y de movimiento. Y ahora se ha muerto. Eso es lo que le ha conseguido el progreso, lo que nos conseguirá a todos nosotros tarde o temprano. Bueno, tengo que marcharme. Se me presenta mañana un día de mucho trabajo.

HUTTON: ¿Quiere echarme esta carta al correo, de paso?

(*Le da a* LIBBARD *la carta que acaba de escribir*).

LIBBARD: Haré por que no se me olvide.

HUTTON: Es muy importante.

LIBBARD: (*Leyendo la dirección en el sobre*). «Señorita Doris Mead». No puedo creer que nadie que se llame Doris pueda ser tan importante, Hutton.

HUTTON: Lo bastante para decirle adiós.

LIBBARD: Comprendido. Entonces descuide que no se me olvidará. (*Se mete la carta en el bolsillo*).

HUTTON: Tiene usted razón. No sabe uno qué es lo que pensará o sentirá dentro de un mes… Hagamos hoy, pues, lo irrevocable. Así no mudaremos de parecer mañana.

LIBBARD: A la vejez se hace usted prudente. ¿Cómo se dice? «Las tareas pensadas en horas lúcidas se realizan en horas tristes». Tristes es la palabra adecuada, desgraciadamente. (JUANITA *vuelve y* LIBBARD *se vuelve hacia ella*). ¿Qué hay de nuevo?

JUANITA: Le está muy agradecida, doctor Libbard.

LIBBARD: Tendrán ustedes nueva enfermera.

JUANITA: Tan pronto como Enrique la deje ir.

HUTTON: Por mí, cuánto antes mejor.

LIBBARD: Adiós, Hutton. Si puedo servirle en algo, ya sabe adónde me tiene.

HUTTON: Gracias, Libbard; y gracias por cuanto ya ha hecho por mí.

(LIBBARD *le da una palmadita en el hombro, luego se vuelve a* JUANITA).

LIBBARD: Adiós, Juanita.

(*Sale* LIBBARD. *Silencio*).

JUANITA: Haz por no sentir rencor contra esa pobre mujer.

HUTTON: ¿Hablas de la enfermera?

JUANITA: (*Afirma con la cabeza*). No quiso hacerle a Emilia daño alguno.

HUTTON: Mejor hubiera sido. Se puede luchar contra la malicia. Pero contra la

estupidez bien intencionada… (*Se encoge de hombros*). Hace más daño que la maldad y nada se puede hacer contra ella. Es congénita e incurable. No le guardo rencor; pero… me alegraré de no volverla a ver.

JUANITA: Me la llevaré a casa mañana.

HUTTON: Doy gracias a Dios que estuvieras con la pobre Emilia al final. ¿Sufrió mucho?

(JUANITA *le mira un momento callada, de pronto se vuelve y, cubriéndose la cara, se pone a llorar sin contenerse*).

HUTTON: ¡Juanita! (*Le pone una mano en el hombro*). No hablemos ya más de ello. Ha sido demasiado para ti.

JUANITA (*Entre sollozos*): Ha sido terrible; terrible. Nunca he visto morir a nadie antes. No me podía yo imaginar que…

(*Vuelve a llorar y esconde la cara contra la americana de él.* HUTTON *le da unas palmaditas en el cabello*).

HUTTON: Piensa en ella como es ahora. Está en paz. Pasó la agonía. No tienes que recordar eso. Es la paz lo que importa, la liberación. Piensa en la liberación.

(*Silencio. Por fin* JUANITA *alza la cabeza y se seca los ojos*).

JUANITA: Lo siento, Enrique. No debiera haberme dejado vencer. No puedo apartar su recuerdo. Es casi una obsesión… De pronto la veo, luchando por respirar. Con una mirada espantosa de dolor y miedo. (*Tiembla*). Pero, es verdad, hay que pensar en su liberación. Tantos años de sufrimiento y desgracia… y ahora ya es libre.

HUTTON: Sí; es libre. Pero ¡qué terrible que haya necesitado que la muerte la libere!

JUANITA: ¿Qué quieres decir?

HUTTON: Debiéramos poder conseguir nosotros mismos nuestra propia libertad, no tener que esperarla desde fuera. La libertad interior, la que está entre los dientes de las circunstancias; la libertad, a pesar del dolor, sí; ya pesar del placer, también. No soy yo más libre que lo fue Emilia jamás. Ni libertad, ni bondad, ni orden, ni sentido, ni significado… Sólo futilidad y miseria, miseria —el equivalente moral del suburbio —. Eso es lo que siempre ha sido mi vida y de un modo subconsciente siempre lo he sabido. Pero no he querido nunca afrontar el hecho. Ahora ya no puedo ignorarlo.

JUANITA: No sé por qué tienes que reprocharte de este modo.

HUTTON: Tú no lo sabrás; pero yo sí lo sé.

JUANITA: Nadie nace perfecto, claro. Pero no tienes nada de qué avergonzarte, Enrique. No lo creo, ni lo cree ninguno de tus amigos. Hiciste a Emilia tan feliz como

cualquiera la hubiese hecho. No era capaz de ser más feliz.

HUTTON: Quizás no. Pero yo sí era capaz de ser… no diré un hombre mejor, porque eso ya sería arrogarme demasiado; pero sí de ser un poco más humano. (*Pausa*). Juanita, ¿me ayudarás?

JUANITA: Ya sabes que haría cualquier cosa por ayudarte, Enrique…

HUTTON: Vamos a empezar con unos pocos detalles prácticos. La pobre Emilia hizo el testamento hace unos cuantos meses. Yo disfrutaré del usufructo de sus bienes totales. Vendrá a ser un poco más de tres mil libras al año. Pues bien, quisiera dedicar ese dinero a alguna obra benéfica.

JUANITA: ¡Qué maravillosa idea, Enrique!

HUTTON: No quiero darlo todo simplemente a alguna obra ya existente. Eso es demasiado fácil y no requiere mayor esfuerzo que el extender cheques. Mi idea es dirigir la obra yo mismo. Quiero dar mi pensamiento y mi trabajo junto con mi dinero. Aquí es donde entras tú, Juanita, si quieres entrar.

JUANITA: ¿Quieres decir que me dejarías trabajar contigo? Sé escribir a máquina bastante bien y llevar las cuentas y cosas así.

HUTTON: No preciso una secretaria. Lo que preciso es alguien que me aconseje y me anime.

JUANITA: Si me crees capaz de eso…

HUTTON: Sé que lo eres.

(*Pausa.* JUANITA *le sonríe con expresión de casi extasiada felicidad*).

HUTTON: Te diré lo que pensaba. Siempre me he preocupado por los genios y talentos que están sepultados en vida. Yo no tengo genio creador, pero sí suficiente gusto e imaginación para darme cuenta de lo que debe ser poseer ese genio y no poder usarlo.

JUANITA: ¡Qué frustración!

HUTTON: Como la frustración sexual. No, peor aún. La frustración de la maternidad. Como la mujer que ha nacido para ser madre y se encuentra encerrada contra su voluntad en un convento.

JUANITA: (*En voz baja*). Y ni siquiera cree en Dios.

HUTTON: Nacer bajo tierra, criarse en un sepulcro, con la gran losa de la pobreza tapando la entrada, y que le nazcan a uno alas, y saber que si pudiera salir de allí, volaría. Es demasiado horrible para pensarlo. En la mayoría de los casos lo único que se precisa es un poco de compasión y un poco de dinero y se puede rodar la piedra y la criatura enterrada salir a la luz del sol.

JUANITA: Y alzar el vuelo.

HUTTON: Y alzar el vuelo. Pues bien, eso es lo que yo quiero que hagas tú, Juanita, abrir unas cuantas tumbas antes de que yo muera. Incluso la mía propia, acaso.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Cuarto de estar de los señores de Hutton. Los muebles están cubiertos con fundas. Escalerillas, latas de pintura, brochas y otra «impedimenta» indica que están pintando la habitación. Por entre las cortinas de los cristales penetra la luz de un atardecer de verano. En el interior, las luces están encendidas. Es unos dos meses después de la muerte de Emilia. La escena está sola al alzarse el telón. Entra HUTTON, *lleva impermeable, sombrero y maletín. Va al escritorio, abre un cajón y rebusca entre los papeles. Pone unos en el maletín y deja otros en su sitio. Interrumpe su ocupación para llamar al teléfono.*

HUTTON: Trunks. (*Pausa*). Regent, dos uno, dos, dos. (*Pausa*). Necesito una habitación para dos, para esta noche. (*Pausa*). Sí, con baño. (*Pausa*). ¿Apellido? Hutton. Don Enrique Hutton y señora. No creo que lleguemos antes de las diez y media.

(*Cuelga y vuelve a clasificar sus papeles. Mientras está así ocupado aparece* JUANITA SPENCE *ante la ventana y mira por entre las cortinas. Pasados unos segundos da unos golpecitos en el cristal.* HUTTON *se vuelve de repente. Al ver a* JUANITA *se levanta, va a la puerta de cristales y la abre. Se ve a las claras que está molesto y fastidiado de que le haya visto, pero se esfuerza en ser amable*).

HUTTON: ¡Juanita! (*Tropieza con un pote de pintura*). ¡Malditos pintores! ¡Qué sorpresa más grata!

(*La deja pasar y se dan la mano*).

JUANITA: La sorprendida soy yo. Te creía en Cornwall.

HUTTON: Allí estaba hasta esta mañana. Tenía que ir a Londres inesperadamente. Así que aproveché la ocasión para cometer de paso, un pequeño latrocinio.

JUANITA: ¿Sin decirnos siquiera que venías?

HUTTON: No he tenido tiempo siquiera de comunicártelo, Juanita. Decidí el viaje a toda prisa. Además voy de paso en el coche a la carrera. ¿Cómo diablos te has enterado que estaba aquí?

JUANITA: Hacía tanto calor que decidimos dar un paseo hasta el pueblo, después de comer. De pronto me apercibí de que había luz en la casa.

HUTTON: ¡Pero si no se puede ver la casa desde la carretera!

JUANITA: Veníamos por la vereda.

HUTTON: ¡Ah, sí; la vereda!

JUANITA: Así es que dejé seguir a papá con la señorita Braddock y salté la valla.

HUTTON: ¡Otro latrocinio! Este me encanta. (*Mira el reloj disimuladamente, titubea un momento, luego destapa una silla*). Parece que ésta se ha salvado de la pintura. Siéntate, ¿no?

JUANITA: ¿Me siento? No me puedo entretener mucho. Sólo hasta que vuelvan los demás del pueblo.

HUTTON: Espero que no les coja la lluvia. Hace unos momentos amenazaba llover. (*Va al maletín abierto y saca un estuchito de piel*). Me alegro de que hayas venido, Juanita. Me ahorra escribir una carta e ir a correos. (*Le da el estuche*).

JUANITA: ¿Qué es?

HUTTON: Ábrelo y verás.

(JUANITA *abre la caja*).

JUANITA: ¡Pero Enrique, si… si es la pulsera de Emilia!

HUTTON: Emilia hubiese querido que la llevaras tú.

JUANITA: ¿Yo?

HUTTON: No conozco a nadie que tenga mayor derecho. Su mejor amiga; la persona que hizo por ella más que ninguna otra.

(*Toma la pulsera y se la pone a* JUANITA).

JUANITA: No, Enrique, no podría. No… no me la merezco.

(*Muy agitada, trata de quitarse la pulsera; pero* HUTTON *se lo impide*).

HUTTON: ¿Pues quién, sino tú, se la merece?

JUANITA: Tómala.

(*Se desabrocha la pulsera y se la da a* HUTTON).

HUTTON: Pero, Juanita, ¡si te quería tanto! Emilia hubiese querido dejarte algo para que la recordases siempre. Y tú también la querías mucho, ¿verdad?

JUANITA: No, Enrique, no puedo. No puedo.

HUTTON: Juanita, me ofenderé si no la aceptas.

JUANITA: ¿Que te ofenderás? (*Pausa*). ¿Deseas tú que la acepte?

HUTTON: Claro que quiero.

(JUANITA *se vuelve a poner la pulsera y empieza a cerrar el broche*).

JUANITA: Me parece demasiado.

HUTTON: ¿Demasiado? (*Deniega con la cabeza*). Ni siquiera bastante.

(JUANITA *le lanza una de sus sonrisas, luego se mira la pulsera*).

JUANITA: Es preciosa de veras.

HUTTON: ¿Te importaría que acabe mi tarea mientras charlamos? (*Señala el maletín y el cajón llenos de papeles*).

JUANITA: Claro que no. (HUTTON *vuelve a su sitio junto al maletín*). En realidad, también a mí me ahorra este encuentro una carta.

HUTTON: ¿Sobre qué?

JUANITA: Sobre nuestros planes. De aquellas tumbas que tenemos que abrir.

HUTTON: ¡Ah, sí, sí!

JUANITA: Tengo muchas cosas que comunicarte.

HUTTON: Muy bien. (*Su tono, aunque cortés, carece de entusiasmo*).

JUANITA: He visitado y hablado a los maestros de la localidad, les he preguntado quiénes han sido sus discípulos más aventajados en los últimos años. Ha sido un experimento muy interesante. (*Se oyen truenos lejanos*). Me hubiese gustado que Emilia lo hubiese presenciado.

HUTTON: Mucho me temo que a Emilia le tuviesen sin cuidado.

JUANITA: (*Con creciente entusiasmo*). Pero sí que le hubiese interesado, Enrique; esto sí que le hubiese impresionado. No tienes idea qué tristes, qué trágicos son la mayoría de los casos. Algunos de los niños consiguen becas, pero éstos son los que aprueban los exámenes. Terminarán siendo maestros, abogados, ingenieros. Pero los que a nosotros nos interesan, los que tienen un don, los que tienen alguna habilidad creadora, esos raramente alcanzan las becas. El sistema oficial no cuenta para ellos. Cuando termina el período escolar, los mandan a casa y les dicen que se ganen la vida. Vuelven al sepulcro. La losa les cae encima y se fija con cemento.

(*Otro trueno lejano*).

HUTTON: ¿Has oído?

JUANITA: (*Sin tener en cuenta el trueno*). Fui a ver a uno de los muchachos de quién me hablaron. Tiene dieciséis años. Trabaja en la granja de los Johnson. Creo

que gana alrededor de una libra por semana. ¡Pero deberías ver sus dibujos de animales!

HUTTON: ¿Son buenos?

JUANITA: ¡Asombrosos! Enrique, ese muchacho merece que se le ayude. Estoy segura estarás de acuerdo conmigo cuando veas lo que hace. ¿No tendrías tiempo de ir en el coche y echarles un vistazo?

HUTTON: Imposible de todo punto.

JUANITA: Pues lo traeré a verte en cuanto vuelvas. Dentro de dos o tres semanas, ¿verdad?

HUTTON: Por ahí. Quizá algo después. Me han salido unos asuntos últimamente. Quizá tenga que quedarme en Londres unos días. (*El trueno se acerca*). ¿Qué habrá sido de tu padre y la enfermera? ¡Quedarán empapados!

JUANITA: Ya se cobijarán en alguna parte. (*Se asoma a la ventana*). Me encantan las tormentas. ¿Y a ti no?

HUTTON: Pues francamente, no. Cierta vez cayó un hombre muerto por un rayo a unos cuantos pasos de mí. No me hizo gracia. (*Empieza a soplar un viento fortísimo*). ¡Cielos, si parece esto la obertura de Guillermo Tell!

JUANITA: (*Que aún estará de pie frente a la ventana*). Mira los árboles. Se contorsionan, luchan. Como si quisieran verse libres. Pero no pueden, no pueden. Están atados a la tierra. Como esos pobres niños a los que deseamos ayudar. Atados hacia la pobreza. Y si el viento del espíritu sopla sobre ellos, todo lo que puede hacer es torturarlos, despedazarlos, destrozarlos. Enrique, me siento feliz de hacer lo que hacemos. Creo que es una cosa muy importante. Y además es maravilloso pensar que la pobre Emilia toma parte en nuestra obra; en cierto modo hace ahora más de lo que en vida hizo.

(*Brillante ráfaga seguida de trueno. Se apagan las luces*).

HUTTON: ¡Ya me lo temía! (*Va tentando el camino hacia la puerta y tropieza con una escalerilla*). ¡Maldición!

JUANITA: ¿A dónde vas, Enrique?

HUTTON: A buscar una vela.

JUANITA: No vayas. ¡Si así es maravilloso! Se ven los relámpagos mucho mejor.

HUTTON: No tengo interés en ver los relámpagos.

(*Sale.* JUANITA *junto a la vidriera. Otro relámpago seguido de otro trueno. Vuelve* HUTTON).

JUANITA: Ese ha sido a menos de una milla.

HUTTON: No encuentro los fósforos.

(*Rebusca bajo la funda de paño que cubre la mesa para preservarla del polvo. Hueve a cántaros*).

JUANITA: ¡Qué liberación!

HUTTON: ¡Por fin! Menos mal.

(*Frota un fósforo y enciende la vela que ha traído*).

JUANITA: Esto es igual que alguien que ha vivido encerrado en sí mismo y de repente suelta la lengua. Tú tienes que saber lo que es, Enrique

HUTTON: ¿Lo que es qué?

(*Anda buscándole sitio a la vela; por fin le hace hueco en la mesa*).

JUANITA: Tener que ocultar lo que para uno tiene mayor importancia; estar obligados a vivir en continua mentira. Contra la propia voluntad, contra los propios sentimientos.

(*Otro relámpago seguido en un par de segundos, de trueno*).

HUTTON: Se acerca demasiado para mi gusto.

JUANITA: No se puede ser feliz viviendo en falso.

HUTTON: ¿Qué no? No lo sé.

JUANITA: ¿Pero cómo se podría ser feliz en esas condiciones? Y sin embargo, todos tenemos derecho a la felicidad.

HUTTON: ¿Derecho? ¿Por qué derecho? Yo no reclamo derecho a nada. Tomo lo que se me pone delante y lo agradezco a mi buena estrella.

JUANITA: ¡Pobre Enrique! No has sido muy feliz en tu vida, ¿verdad?

HUTTON: (*Sentándose*). No me quejo. Me ha ido bastante bien, después de todo. Salud, dinero, cuadros, libros, sin contar los amigos y hasta… (*Relámpago y casi instantáneamente el trueno*). ¡Caramba! No me hace esto gracia. (*Riéndose*). Tienes razón, en este momento disto mucho de ser feliz.

JUANITA: Tómalo a broma. Pero sé lo que has pasado, Enrique. Tu aislamiento. Tu soledad espiritual. Sé lo que es eso. Se encuentra uno rodeado de gentes, pero se vive en el vacío. No hay nadie que nos comprenda ni simpatice con nosotros, nadie con quien hablar de nuestros pensamientos y sentimientos más preciosos.

HUTTON: (*Comprensivo*). Tu pobre padre… Tiene que haber sido bastante difícil para ti, a veces.

JUANITA: (*Afirmando con la cabeza*). Ya ves si he podido darme cuenta de lo que tú has pasado. ¡Pobrecita Emilia! ¡Tan dulce y tan amable y tan conmovedoramente

infantil! Pero no era la compañera adecuada para un hombre como tú. Nunca podía compartir tus gustos y aficiones. Sólo podía…

(*Un relámpago y trueno casi simultáneo la interrumpen*).

HUTTON: (*Retorciéndose*). La tenemos encima.

(JUANITA *lanza una risotada extraña, excitada, casi de locura*).

JUANITA: ¡Qué maravilloso! Es igual… igual que la pasión.

HUTTON: Juanita, tú has estado leyendo demasiadas novelas. ¡La pasión! ¡La pasión!

JUANITA: Ya sabes lo que digo. Amar tanto u odiar tanto que por fin se rompe todo freno, a pesar de uno mismo. Como el relámpago, como el trueno, como el viento y la lluvia.

HUTTON: ¡Ay del hombre a quien le coja sin paraguas! (*Más truenos*). Esto me recuerda siempre a Benjamín Franklin. Cuando remontó su cometa en medio de una convulsión eléctrica. Dios sabe cómo no se mató. Por lo menos lo intentó.

(*Pausa.* JUANITA *se vuelve a él de repente*).

JUANITA: Enrique, ya somos libres. No tenemos que disimular más.

HUTTON: No… no te entiendo.

JUANITA: Lo he disimulado, pero tú lo tienes que haber sabido siempre, Enrique. Igual que yo supe siempre lo tuyo.

HUTTON: ¿Lo mío?

JUANITA: Naturalmente. Sabía lo que sentías y sabía que nunca lo confesarías por tu concepto del honor y del deber. Te admiraba por ello, Enrique, aunque yo sufriese. ¡Te ocultabas tras tus bromas! ¡Y qué cuidado tenía que tener yo de no hablar nunca de nosotros sino sólo de libros, pintura y música! ¡Buena comedia! Pero nunca la comedia nos dominó, ¿verdad? Sabíamos lo que tras ella había. Y ya no hay más necesidad de fingir. (*Cae de rodillas junto a la silla de Enrique y le toma una mano*). Hace ya tanto tiempo, Enrique, y te quiero tanto.

(*Oprime una mano de él contra su corazón. Tiene su rostro una expresión de éxtasis; los ojos cerrados, como si estuviese en trance. Otro relámpago, seguido muy de cerca del trueno.* HUTTON, *muy apurado, mira a* JUANITA).

HUTTON: ¡Por favor, Juanita! No podemos… Es imposible.

(JUANITA *abre los ojos y le sonríe felizmente*).

JUANITA: Has olvidado, Enrique. Ahora podemos hacer lo que queramos. Nada nos lo impide ya. No tenemos que pensar en nadie más que en nosotros mismos.

(*Está callada mirándole fijamente; luego le besa, las manos y vuelve a mirarle. Cuando le habla es en un susurro apasionado*).

JUANITA: Tómame, Enrique; tómame… (*Alza su boca hacia la de él*).

HUTTON: No, Juanita, no. (*Lleno de pánico se suelta de su abrazo*). No comprendes. No podemos. No debemos.

(*Se levanta y va hacia la vidriera. Otro relámpago, más lejano ya.* JUANITA *se le queda mirando unos segundos, luego se levanta, corre tras él y le toma una mano*).

JUANITA: Perdóname, Enrique. Por favor, perdóname.

HUTTON: No volvamos sobre ello, Juanita. Estás agotada. Es la tormenta.

JUANITA: Debía yo haber comprendido mejor tus sentimientos. Es todavía demasiado reciente, demasiado doloroso. Pobre Emilia…

HUTTON: ¿Emilia?

(JUANITA *se cubre la cara con las manos*).

JUANITA: Esa cara… Creí poder borrarla de mi recuerdo. Tan asustada, tan horriblemente asustada. (*Se destapa la cara y le mira*). Y yo te hablaba de… de nosotros. No me extraña que te hayas emocionado. ¿Me perdonas, Enrique?

HUTTON: Claro, claro. (*Mira para afuera de la ventana*). Parece que se va la tormenta. No llueve ya tan fuerte. ¿Crees que debiéramos coger el coche e ir en busca de tu padre?

JUANITA: (*Sin tener en cuenta la pregunta*). Enrique, lo de antes no señalará ninguna diferencia para más adelante, ¿verdad?

HUTTON: ¿Para más adelante?

JUANITA: Cuando el dolor se haya esfumado, cuando podamos pensar otra vez en nosotros mismos, pensar en el futuro sin sentir que estamos profanando el pasado.

HUTTON: Ya veo lo que quieres decir. (*Titubea con embarazosa incertidumbre; luego se decide*). Escucha, Juanita. Creo que debo decírtelo. Cuando estuve en Cornwall… pues… (*Tose y vuelve a titubear*).

JUANITA: ¿Qué pasó cuando estabas en Cornwall?

HUTTON: Pues… lo diré sin rodeos. Me casé.

JUANITA: (*Después de una pausa larga*). ¿Que te casaste?

HUTTON: (*Con simulada indiferencia*). Sí, me casé. No la conoces. En realidad sólo la conozco desde hace unos meses. Estoy seguro que te gustará cuando la veas.

Claro que es un poco joven, unos dieciocho años. Una criatura…

JUANITA: ¿Dieciocho?

HUTTON: Así, ya ves, tiene tiempo de sobra por delante para aprender. Y se adaptará muy pronto. La gente joven parece que es ahora tan sensata, está tan al tanto de todo. ¡Tan distinta de lo que éramos nosotros a su edad!

(JUANITA *de pronto rompe en una carcajada violenta, falta de alegría.* ENRIQUE *la mira con aprensión*).

HUTTON: ¿De qué te ríes?

JUANITA: De nada de particular.

(*Silencio. Vuelve la luz eléctrica*).

HUTTON: ¡Gracias a Dios! Juanita, seguimos siendo buenos amigos, ¿verdad?

JUANITA: ¡Claro que sí! Mejores que nunca. ¡Lo que nos vamos a reír de esto cuando lo recordemos! La broma que me diste y la que yo te he dado.

HUTTON: ¿Broma?

JUANITA: Naturalmente. ¿No me has tomado en serio, verdad?

HUTTON: (*Titubea, luego con forzada risa*). No, no. ¡Claro que no!

JUANITA: ¿Y cuándo tendré el gusto de conocer a tu pequeña… cómo se llama?

HUTTON: Doris.

JUANITA: A tu pequeña y dulce Doris. ¿Cuándo vas a…? (*Ruido en la terraza*). ¿Qué es eso? (*Mira hacia fuera*). ¡Padre! (*Abre la puerta-vidriera. La* ENFERMERA *empuja al* GENERAL *en la silla de ruedas, dentro del cuarto*). ¡Estás empapado! (*Empieza a sacudirle la lluvia de la americana y del pantalón*).

ENFERMERA: Un poquitín mojado, nada más. Afortunadamente el doctor Libbard nos trajo en su coche. (*Volviéndose a* HUTTON). Buenas tardes, señor Hutton.

HUTTON: (*Secamente*). Buenas tardes. (*Al* GENERAL). Bueno, General, esto es como una batalla bajo los monzones.

GENERAL: Condenadas mujeres… Diles que me dejen en paz.

(LIBBARD *entra a tiempo de oír las últimas palabras. Le da al* GENERAL *unos golpecitos en el hombro*).

LIBBARD: Soy de su misma opinión, General. De todos modos, creo que no estaría mal darle a usted una friega con una toalla seca. ¿Sería demasiada molestia, Hutton?

HUTTON: ¿Molestia? Ninguna. (*A la* ENFERMERA). Ya sabe usted donde están las toallas. Coja lo que necesite.

ENFERMERA: Gracias.

(*Empujando el coche del* GENERAL *hacia la puerta*).

GENERAL: ¿Dónde diablos me lleva?

ENFERMERA: (*En el tono en que se calma a un niño travieso*). ¡Vamos, vamos… no blasfeme!

JUANITA: Estoy con usted en seguida. (*Sale la* ENFERMERA. JUANITA *se dirige al doctor*). ¿Adivina usted lo que Enrique ha traído de Cornwall, doctor Libbard?

LIBBARD: ¿Qué es lo que se traerá uno de Cornwall? Recuerdo unos pisapapeles de malaquita, no, de serpentina, ¿no es eso?

JUANITA: No es ningún pisapapeles. Está viva.

LIBBARD: ¿Viva? Recuerdo que se compraban unas cotorras maravillosas en Falmouth. Las traían los marineros en sus viajes de vuelta. ¡Y qué vocabulario! ¿Es eso?

JUANITA: (*Negando con la cabeza*). Es un mamífero.

HUTTON: (*Protestando*). ¡Juanita!

JUANITA: ¿No lo es?

LIBBARD: ¿Un mamífero? ¿Será un perro? ¿Un potro? ¿Una marmota? ¿Un tejón? (JUANITA *niega con la cabeza a cada sugerencia*). Me doy por vencido.

JUANITA: Una mujer.

(*Se vuelve y sale. Silencio*).

LIBBARD: Creo debo felicitarle, Hutton.

HUTTON: Gracias.

LIBBARD: Y sin embargo, aquella carta que me dio la eché al correo. De veras. No era la cosa tan irrevocable como usted pensaba.

HUTTON: No lo era. (*Pausa*). ¿Recuerda usted los endemoniados del Evangelio? ¡Cuántos hay que no creen en esas cosas hoy día! Y sin embargo, ¿no es la más acertada explicación de algunas de las cosas que hacemos? Cosas que sabemos van contra nuestro propio interés, cosas que están francamente mal, y son idiotas y suicidas. Y a pesar de todo, las hacemos. ¿No será alguien que en nuestro interior las hace a pesar nuestro?

LIBBARD: Es un modo de rehuir la responsabilidad. El otro modo, el más moderno es llamar a los diablos traumas y complejos, y decir que todo es culpa de nuestra madre por habernos despechado demasiado pronto. Y acaso nos despechara demasiado pronto o sea cosa de los demonios. Pero no olvidemos que existe el libre albedrío.

HUTTON: Sí, el libre albedrío existe y se puede ejercer invitando a los demonios a que tomen posesión de nosotros.

LIBBARD: ¿Y por eso se ha casado?

HUTTON: (*Afirma con la cabeza*). Había otras razones, además.

LIBBARD: ¿Un niño? (*Enrique afirma con la cabeza. El Doctor sonríe y le da unas palmaditas en el hombro*). ¡Gracias a Dios! Es la mejor noticia que me ha dado usted en su vida. Aun vamos a hacer de usted un ser humano.

HUTTON: Mejor será no decirle nada de esto a Juanita. Por lo menos por ahora.

LIBBARD: Claro que no. (*Pausa*). Parece que ha recibido la noticia de su boda en tono jocoso.

HUTTON: Demasiado jocoso. Por eso preferiría que no le dijera nada de lo otro.

LIBBARD: Ya lo descubrirá pronto, naturalmente.

HUTTON: No tan pronto. Doris y yo marchamos al extranjero dentro de un par de días. Pensaba hacerlo sin que nadie lo supiese. Pero ha pasado esto y… creí que tenía que comunicarle a Juanita nuestro casamiento. De otro modo, me lo hubiese callado unos meses. Hubiera sido mejor. Sin embargo…

(*Se encoge de hombros. Vuelven* JUANITA *y la* ENFERMERA, *con el* GENERAL *en la silla de ruedas*).

LIBBARD: ¿Está bien seco?

ENFERMERA: Más que un hueso.

GENERAL: Cualquiera diría que me han mudado de pañales. (*A* HUTTON). Ya me he enterado que te has casado otra vez. Eres un hombre sensato.

HUTTON: Gracias, General.

GENERAL: Ya es hora que esta niña se casara también. (*Indica a* JUANITA). Díselo, tú, Hutton. A mí no me hace caso. A mí no me hace caso nadie.

ENFERMERA: ¡Vamos, vamos, no se excite usted tanto!

GENERAL: Me excito todo lo que se me antoja. Dile que piense en sí misma por variar. Dile que deje ya de sacrificarse por mí, No me lo merezco. Hace diez años que debí haberme muerto. Dile que me deje ir a los quintos infiernos y se busque un marido.

JUANITA: Padre, por favor.

GENERAL: ¿Por qué tengo que escucharte si tú no me escuchas?

(*Suena el teléfono*).

HUTTON: Perdón. (*Va y coge el receptor. Sostiene una corta conversación con frases casi inaudibles*). ¡Diga, diga…! ¿Eres tú? No, quédate ahí… Te iré a recoger en el coche… En seguida…

(*Los otros prosiguen su charla*).

JUANITA (*Con risa forzada y volviéndose al Doctor*). «Casarse por casarse». Esa es la idea que tiene mi padre del matrimonio.

LIBBARD: Mientras que la tuya es casarse por amor. El problema, como siempre, es buscarse un compromiso.

GENERAL: No salirse por la tangente. La cuestión es que Juanita tiene treinta y seis años. Pronto no encontrará quién se case con ella.

(HUTTON *se une a ellos*).

HUTTON: Era… era mi mujer que me llamaba. Fue a ver a unos amigos. En bicicleta. Y están las carreteras convertidas en ríos. Tengo que ir a recogerla. (*A* JUANITA). Volveré en seguida. Luego os llevaré a todos a casa.

JUANITA: Gracias, Enrique. Así tendré la ocasión de conocer a tu pequeña Dora.

HUTTON: Doris.

JUANITA: Doris, claro. Dispensa.

(HUTTON *se pone el impermeable, que está en una silla, y coge el sombrero. Se vuelve al Doctor*).

HUTTON: ¿Le veré a la vuelta?

LIBBARD: No. Ya me he entretenido demasiado. (*A* JUANITA). Pasaré a ver a tu padre a principios de la semana próxima.

JUANITA: Bueno. (*El Doctor saluda con la mano y sale tras* HUTTON *atravesando la terraza y la vereda del jardín.* JUANITA *se vuelve al* GENERAL). Bueno, padre…

ENFERMERA: Psh, psh. Creo que se ha dormido.

(*Miran las dos unos segundos al anciano, a quien se le ha caído la barbilla sobre el pecho y está, a todas luces, dormido*).

JUANITA: Me alegro. Le hace bien, dormir.

ENFERMERA: Yo no soy quién para dar mi opinión; pero si usted me la preguntase le diría que toda esta conversación de maridos, etcétera, me parece de lo más bochornoso.

JUANITA: No lo tome demasiado en serio.

ENFERMERA: Y no sólo la conversación, los hechos. ¿Cómo tiene valor de estar ahí como si no hubiese pasado nada? Y mientras tanto tenía a la niña esa a la vuelta de la esquina, en cualquier sitio. Una muchacha lo bastante joven para ser su hija. Y aquel pobre ángel aun no estará fría en la tumba. Me pone mala sólo el pensarlo.

JUANITA: Me dijo que la conoce hace varios meses. Lo que significa que, aun viviendo Emilia…

ENFERMERA: ¿No se lo decía yo a usted? ¡Y no me quería creer! ¡Pues ya lo ve usted!

JUANITA: Me alegro que la pobre Emilia no lo haya sabido nunca.

ENFERMERA: Pues yo, no. Me hubiese gustado que se enterase. Desearía haber oído echarle en cara a su marido todo lo que se merecía. ¡Cerdos! Eso es lo que son todos, todos.

JUANITA: No sé ni cómo se atreven. A mí me inquietaría que pudiera descubrirse.

ENFERMERA: A usted, sí. Pero ellos no tienen vergüenza, ni decoro.

JUANITA: De todos modos sería para él una solución.

ENFERMERA: ¿La muerte de ella, dice usted?

JUANITA: Visto que quería casarse con esa chica.

ENFERMERA: ¿Y quién le dice a usted que no se haya visto forzado?

JUANITA: ¿Quiere usted decir que estará ella…?

ENFERMERA: (*Afirmando enfáticamente con la cabeza*). Apostaría que sí. Le buscó un disgusto y ha cargado con las consecuencias.

JUANITA: Y si Emilia no hubiese muerto… ¿qué habría pasado?

ENFERMERA: Pues cuesta un poco de dinero, pero hay médicos en la sombra… Pero no vaya usted a creer que sean charlatanes, sino médicos buenos. Podría decirle unas cuantas cosas…

JUANITA: Pero, afortunadamente para ellos, murió Emilia. En el momento oportuno.

(*La* ENFERMERA *la mira unos segundos en silencio*).

ENFERMERA: En el momento oportuno… Señorita Spence, no se figura usted que… (*Se calla*).

JUANITA: ¿Me figuro qué?

ENFERMERA: ¿Por qué no me dejó él subirle la medicina? Nunca lo había hecho, antes.

JUANITA: Sabía que tenía usted prisa. Me pareció una atención.

ENFERMERA: ¿Atención? Jamás tuvo ninguna atención para conmigo. Ni yo la deseaba. No, señorita Spence, lo que él hacía lo hacía por su conveniencia. Le subió la medicina porque tendría su razón para ello.

JUANITA: ¿No quiere usted decir que… bueno, que le echase algo? ¡Es demasiado absurdo!

(*Se ríe. La* ENFERMERA *no le contesta en seguida, se acerca a los cristales y miren para afuera*).

ENFERMERA: ¿Recuerda usted aquella lata que estaba ahí en la terraza? Tenía

impreso en la etiqueta «Veneno. Contiene arsénico».

JUANITA: ¿Qué me dice?

ENFERMERA: Arsénico. Arsénico. Produce vómitos. Es algo terrible. Lo he visto. Por eso armó tal barullo con las grosellas. Para prepararse la coartada.

JUANITA: Está usted loca. Eso es absolutamente ridículo.

ENFERMERA: También lo creyó usted ridículo cuando le dije que se entendía con alguna chica. ¿Quién tenía razón, usted o yo?

JUANITA: Es distinto.

ENFERMERA: Al empezar. Pero mire cómo acaba. Embustes, trampas, riñas. Y antes que sepa usted donde está, alguien pide el divorcio… o alguien sé muere, se muere al tiempo preciso. Se muere porque un hombre no puede pasarse sin…

JUANITA: Le conozco desde hace muchos años. No puede haber hecho nada semejante. No puede tan siquiera pensarse.

ENFERMERA: Usted conoce a UN señor Hutton. Al que habla tan bien de arte y de todas esas cosas. Pero no conoce usted al que sus manos corren tras las muchachas. Al que haría cualquier cosa por un motivo sexual. Cualquier cosa, se lo digo yo, cualquier cosa. (*El* GENERAL *se mueve y tose. La* ENFERMERA *se le acerca, le saca el pañuelo del bolsillo, le limpia la boca y guarda el pañuelo. Queda un rato mirándole. El anciano se vuelve a dormir. Se vuelve la* ENFERMERA *y se dirige a* JUANITA). Mientras más lo pienso, peor lo veo. ¿Por qué ocurrió en mi día de salida?

JUANITA: ¿Qué diferencia hay?

ENFERMERA: ¿Qué diferencia? Si yo hubiese estado en casa no lo hubiese llevado a cabo. He visto casos de arsénico. Hubiese reconocido los síntomas en seguida. Así, ¿qué hizo? Elige el día que sabe tardaré en volver. Hasta que todo haya pasado, por supuesto luego también sale él, de parranda, probablemente con su chica.

JUANITA: ¡No es capaz de hacer una cosa así!

ENFERMERA: Claro que es capaz. Usted no sabe lo que son los hombres. Y cuando llega a casa se vuelve a mí y me dice que la he matado con las grosellas. ¡No son malas grosellas!

JUANITA: El doctor Libbard también lo creyó.

ENFERMERA: ¿Sí? ¿Y por qué? Porque el otro está machaca que machaca. Así es que se me echa a mí la culpa. Yo soy quien paga por él, quien ha de ser crucificada. Pero ya le digo que no aguanto más. Y no es sólo esto. Es cuestión de principios. Quiero que se haga justicia. Quiero que el mundo entero sepa la verdad.

JUANITA: Habla usted como si la supiera.

ENFERMERA: Pues, bien; la sé.

JUANITA: No la sabe usted. La supone nada más.

ENFERMERA: Le digo, señorita Spence, que la sé tan de cierto como si ya le hubiesen hecho la autopsia.

JUANITA: ¿La autopsia?

ENFERMERA: Sí; la autopsia.

JUANITA: ¿Piensa usted hablar al doctor Libbard?

ENFERMERA: ¿Al doctor Libbard? No, claro que no. No querría nunca confesar que se había equivocado. Trataría de hacerme desistir. Además, todo lo que él podría hacer es denunciar el caso a las autoridades. No. Estoy bien relacionada. Sé a quién tengo que dirigirme.

JUANITA: ¿Y suponiendo que encontrasen algo en el cadáver?

ENFERMERA: Indagarían quién lo puso allí. Y cuando indaguen eso, sólo encontrarán una posible respuesta.

JUANITA: ¿Sólo una respuesta?

ENFERMERA: Sí. Aquí llega en persona.

(*Se oyen pasos fuera, en la terraza. Se abre la puerta de cristales y entra* DORIS *seguida de* HUTTON).

HUTTON: Si sigue lloviendo así, acabaré por construirme un Arca. (*Se sacude el agua del sombrero, luego conduce a* DORIS *hacia* JUANITA). Juanita, aquí tienes a Doris. Pero ya se conocen ustedes de antes. ¿Recuerdas?

JUANITA: (*Dándole la mano a* DORIS). ¡Los Niños Impedidos! (*Se ríe*). ¿Tuvo mucha gracia, verdad?

DORIS: (*Avergonzadísima*). ¡Ah! Sí… Sí.

HUTTON: Voy a dejarlas. (*Va hacia el maletín, lo coge y se dirige a la puerta*). Volveré en seguida.

JUANITA: Mi padre. La señorita Braddock.

ENFERMERA: (*Con severidad*). ¿Cómo está usted, señora de Hutton?

JUANITA: ¡Señora de Hutton! ¿Sabes que me parece ridículo que una vieja como yo te llame «señora de Hutton»? ¿Te importará que te llame Doris?

DORIS: Estaré encantada.

JUANITA: Y tú me tienes que llamar Juanita.

DORIS: Sí, señorita Spence… quiero decir, Juanita.

JUANITA: ¿No es encantadora? ¡Qué precioso imperdible, Doris! Parece que lo recuerdo.

DORIS: Sí, era de… la señora de Hutton. Es decir… ya sabe usted.

JUANITA: ¡Claro! El moscardón de brillantes de Emilia. (*A la* ENFERMERA). ¿Lo ve usted?

ENFERMERA: (*Con amargura*). Ya lo había visto.

JUANITA: Recuerdo cuánto le gustaba a usted. (*A* DORIS). La señorita Braddock estaba al cuidado de Emilia antes de… antes de venirse conmigo para ayudarme a

cuidar a mi padre. Era para Emilia más una amiga que una enfermera.

ENFERMERA: La amistad no proporciona broches de brillantes.

JUANITA: Pero sí pulseras. (*Le enseña a* DORIS *su pulsera de brillantes*). Mira lo que acaba de regalarme tu marido.

ENFERMERA: ¿Se la ha regalado él?

JUANITA: Esta misma tarde. ¿Verdad que ha sido muy amable? (*La* ENFERMERA *gruñe intencionadamente, luego va a ver al* GENERAL, *que acaba de despertarse*). ¿No estás un poquito celosa?

DORIS: Claro que no.

JUANITA: ¡Claro que no! Eres una aduladora, ¿verdad? (*Alza la pulsera hasta acercársela a* DORIS *al cuello*). Así es como deben mostrarse las piedras. Sobre la piel realmente joven. Piel que esté lisa y tensa, sin un pliegue ni una arruga. Como si hubiese sido hinchada como un globo. (*Da a* DORIS *unos golpecitos en la mejilla*). Dime, Doris, ¿eres muy, muy feliz?

DORIS: Sí… creo que sí.

JUANITA: ¿Sólo lo crees?

DORIS: No he querido decir eso.

(*Penosamente desconcertada*).

JUANITA: Perdona. Hablemos de otra cosa, si esto te disgusta.

DORIS: Pero… ¡Si soy muy feliz! De verdad, de verdad. Sólo que… Sabe usted, no soy nada lista. Y Enrique parece que lo sabe todo. Me gustaría que me diesen unas lecciones, ¿sabe?; sobre arte, y cosas así.

JUANITA: ¡Eres una criatura deliciosa!

DORIS: Así sabría la diferencia que hay entre las cosas. Por ejemplo, algunos cuadros me parecen graciosos; pero no deben parecérmelo. Hay que saber cuándo deben y cuándo no, ¿verdad?

JUANITA: Claro, es preferible.

DORIS: A lo mejor podría seguir un curso por correspondencia.

(*La* ENFERMERA *acerca al* GENERAL *al grupo*).

JUANITA: Papá, la deliciosa mujercita de Enrique.

GENERAL: (*Mirando fijamente a* DORIS). Quítate ese ridículo sombrero. (DORIS *hace lo que le dice*). Así estás mejor. (*A* JUANITA). Es la propia imagen de tu madre cuando éramos novios.

JUANITA: (*Horrorizada*). ¡Papá, por Dios!

GENERAL: El mismo pelo, los mismos ojos, diría que la nariz era un poquitín más respingona. Vuelve la cabeza. (DORIS *obedece*). Sí, exacta. (*A* JUANITA). ¿Recuerdas

aquella fotografía suya en traje de montar? Así iba vestida el primer día en que la vi. Verde oscuro y montaba una jaca gris. (*A* DORIS). No montes nunca más que en traje de amazona, Doris. Nada de «breeches». Las mujeres no tienen las formas a propósito para el pantalón. Mientras que en traje de amazona… Pues, aún puede hacerse un hombre ilusiones. ¿Y qué es la vida sin ilusiones? Asquerosa, solitaria, brutal y corta. Las piernas de la mujer son aún más cortas que la vida. (*A* HUTTON, *que ha vuelto durante el párrafo anterior y se ha unido al grupo*). ¿Has oído, Hutton? Nada de pantalones. Si mi mujer se hubiese puesto los pantalones, nunca me hubiese casado con ella. Juanita no hubiese nacido nunca.

HUTTON: (*Sonriendo*). ¿Dónde estaríamos todos nosotros?

(*Con burlona galantería toma la mano de* JUANITA *y se la besa*).

TELÓN

ESCENA II

La sala de estar de los Hutton. Los muebles están ya sin fundas. DORIS *está echada en el sofá. Lleva un «negligée» y se cubre con una manta. Una muñeca de trapo, un osito de felpa y un fonógrafo portátil reflejan sus gustos. Cuando se alza el telón está hablando por teléfono.*

DORIS: No, no suba, tía Nellie. Enrique no quiso que fuese. Además, aún estoy un poquito resfriada. (*Pausa*). Aún no ha vuelto. No creo que se termine hasta dentro de una hora o así. (*Pausa*). ¿Pero, tía Nellie, cómo puedes ni siquiera dudarlo? ¡Claro que todo acabará bien! ¿Que por qué hacen estas pesquisas? Por despecho, por nada más. Están furiosos porque no esperamos al año. ¡Como todos pasan del siglo, me odian! (*Pausa*). No, ésa se porta bien. Ha estado amabilísima, de veras. Y a su padre también le gusto. Dice que soy igual que su mujer cuando era joven. Es encantador.

(*Se abre la puerta y entra* JUANITA *quedamente*).

JUANITA: Soy yo.

(DORIS *le hace señas para que entre*).

DORIS: (*Al teléfono aún*). Tengo que colgar. Te llamaré luego, más tarde. Adiós, tía Nellie. (*Cuelga el receptor*).

JUANITA: (*Melosa*). ¿No es encantadora? Ahí sentada rodeada de sus juguetes como una niñita. (*Coge el osito de felpa, lo coloca en el hueco del brazo de* DORIS *y hace que lo oprima contra su seno*). ¡Delicioso! ¿Tú le llamas a Enrique «Osito», verdad?

(DORIS *mira a* JUANITA *sin sonreírle*).

DORIS: Juanita, no tienes buena cara. ¿Qué te pasa?

JUANITA: Me encuentro perfectamente.

DORIS: ¿Sigues durmiendo tan mal?

JUANITA: ¡Bah! Eso no es nada. El doctor Libbard me ha prometido unas píldoras. De aquí en adelante voy a roncar.

DORIS: Te preocupas demasiado, Juanita.

JUANITA: ¿Es extraño? Después de todo, Enrique es un amigo muy antiguo.

DORIS: Yo no me preocupo. Sé que todo saldrá bien. (*Pausa*).

JUANITA: ¿Te has enterado de lo que ha pasado en la investigación?

DORIS: No. ¿Y tú?

JUANITA: De nada, sólo que hoy los médicos dictaminarán.

DORIS: (*Temblando*). ¡Es espantoso! ¡Sacar a un muerto de la tumba! ¡Y sin una razón! Sólo porque hay hablillas insidiosas. ¡Esa bestia de tu enfermera! No comprendo por qué la tienes.

JUANITA: Mira, Doris, no seas poco razonable. Sabes muy bien que quise despedirla; pero Enrique no lo consintió, ni el doctor Libbard. Despedirla hubiese dado a entender que la tomábamos en serio. Y ésa es la última impresión que queremos causar.

DORIS: Debería tener su castigo.

JUANITA: Ya trataremos de eso más adelante, cuando… cuando todo haya pasado.

DORIS: Enrique y yo volveremos al extranjero la próxima semana.

JUANITA: ¿Que os vais a ir al extranjero otra vez?

DORIS: Lo estábamos pasando maravillosamente en Italia. ¡Y que nos hayan hecho volver por una pamplina! Con los pintores aún en casa.

JUANITA: Ya concluyen.

DORIS: Nos tienen que hacer las camas aquí. Lo de arriba está inhabitable. (*Se mira el reloj*). Enrique debe volver pronto.

JUANITA: ¿Qué tal estaba cuando se marchó esta mañana? Me figuro que algo preocupado…

DORIS: No. Estaba demasiado enfadado para preocuparse. ¡Le pone furioso el modo cómo le tratan!

JUANITA: ¡Como si no perteneciera a las clases privilegiadas! (*Cambiando de repente el tono irónico por uno de solicitud*). Doris, pero qué poco atenta soy. Se me ha olvidado preguntarte cómo te encuentras. ¿Va todo como es debido?

DORIS: Todavía tengo fatigas por las mañanas, si es eso a lo que te refieres.

JUANITA: ¿Y el doctor Libbard te encuentra bien?

DORIS: Me parece que sí.

(*Pausa. Cuando* JUANITA *vuelve a hablar ya no es en el tono meloso de las últimas frases. Se tiene la impresión ahora de que es completamente sincera*).

JUANITA: Debe ser algo raro y maravilloso, ¿verdad?

DORIS: Si te refieres a esperar un niño, creo que es espantoso. (JUANITA *asiente con la cabeza*). Cuando haya llegado será otra cosa. Pero, ahora… mira, mejor quisiera tener otra vez el sarampión. Por lo menos no dura tanto.

JUANITA: (*Pausa*). ¿Vas a criar a tu hijo?

DORIS: No lo sé. No lo he pensado.

JUANITA: Si yo tuviese uno lo criaría. No me parecería, si no, que era del todo mío.

(*Abre* CLARA, *la primera* DONCELLA, *la puerta*).

CLARA: El general Spence.

(*La* ENFERMERA *empuja al* GENERAL *hasta el sofá*).

GENERAL: No quería molestarte, querida mía. Pero ya sabes que estoy en manos de una autoridad superior.

(*Señala a la* ENFERMERA).

ENFERMERA: Creí que la señora de Hutton querría saber lo que pasó en el Juzgado.
DORIS: ¿Se ha enterado usted?
ENFERMERA: Acabamos de ver al doctor Libbard. Venía del Juzgado.
DORIS: ¿Dijo que todo va bien?
ENFERMERA: Depende de a lo que usted le llame «ir bien». No creo que todos pensemos lo mismo.

(*El* GENERAL *pone una mano en el brazo de* DORIS).

GENERAL: Querida Doris, tenemos que ser valientes.
DORIS: ¿Pero, qué ha pasado?
GENERAL: El médico forense ha prestado su declaración. Encontraron arsénico en el cadáver.
DORIS: ¿Arsénico?
ENFERMERA: (*A* JUANITA). ¿Quién estaba en lo cierto?
DORIS: El arsénico es veneno, ¿no?
GENERAL: Sí, es veneno.
ENFERMERA: Casi no tiene gusto a nada. Por eso tantos criminales lo emplean.

(DORIS *está callada, ha quedado como de piedra*).

JUANITA: Creo que debiera usted marcharse.
ENFERMERA: Prefiero no estar en esta casa más de lo preciso. ¡Ah! Por cierto que el doctor Libbard me dio su medicina.

(*Deja un paquete en la mesa junto al bolso de* JUANITA).

JUANITA: Gracias.
ENFERMERA: Saldremos por el jardín.

GENERAL: Adiós, querida Doris.

DORIS: (*Casi sin voz*). Adiós.

ENFERMERA: Adiós, señora de Hutton.

(DORIS *no contesta. La* ENFERMERA *sale con el* GENERAL *por la puerta-vidriera. Silencio*).

JUANITA: ¿Doris?

DORIS: (*Sin mirar a* JUANITA). ¿Qué pasará ahora, Juanita?

JUANITA: Pues el Jurado tendrá que decidir cómo pudo tragarse el arsénico. Y luego, si sospechan de alguien, será sometido a juicio.

DORIS: Juanita, ¿crees tú que… podrán hacerle algo?

JUANITA: ¿A Enrique? Enrique no ha hecho nada.

DORIS: ¿Pero suponiendo que hubiese…?

JUANITA: No debes de decir esas cosas, Doris.

DORIS: Pero supóntelo… En ese caso podrían hacerle algo, ¿verdad?

JUANITA: Ya sabes lo que les ocurre a los que matan a alguien.

DORIS: ¡Dios mío! Es demasiado espantoso.

(*Se cubre la cara con las manos.* JUANITA *la mira intensamente unos segundos; luego empieza a acariciarle el brazo desnudo*).

JUANITA: No llores, querida Doris. No pasará nada.

(DORIS *retira el brazo de repente*).

DORIS: Déjame. Por favor. ¡Ay!

JUANITA: ¿Qué te pasa? ¿Qué te he hecho yo?

DORIS: No tiene nada que ver contigo. No te molestes, por favor. Es que me aborrezco a mí misma. A mi cuerpo. No quiero que lo recuerden. ¡Quisiera que él no me hubiese conocido nunca! ¡Quisiera estar muerta!

(*Llora.* JUANITA *abre el paquete que ha traído la* ENFERMERA *y saca un tarrito can tabletas blancas. Toma una tableta, la parte por la mitad y pone la otra mitad en el tarrito. Luego coge el jarro del agua que está en una mesita junto al sofá y echa agua en un vaso*).

JUANITA: Tómate esto, Doris.

DORIS: No quiero nada.

JUANITA: Es lo que me ha mandado el doctor Libbard para que yo pueda dormir. Media tableta. Lo bastante para calmarte un poco los nervios, nada.

DORIS: Déjame. Por favor.

JUANITA: Hazlo por Enrique. Piensa en lo que se disgustará si llega y te encuentra en este estado.

(DORIS *se destapa la cara y empieza a enjugarse los ojos*).

DORIS: Tienes razón. Dámela. (*Toma la media tableta, se la traga, luego loma un sorbo de agua del vaso*). Eres un ángel.

JUANITA: Dentro de un rato te sentirás más calmada.

DORIS: ¿Y no podrá él hacer nada, Juanita?

JUANITA: Ya lo está haciendo. Está contestando al interrogatorio. Explicando cómo no ha podido ser él.

DORIS: Pero ¿y si no pudiera dar una explicación? ¿No podría huir a cualquier sitio y esconderse?

JUANITA: Me figuro que sí, si marcha lo bastante lejos. (*Se levanta*). Tengo que volver con mi padre. Se impacienta mucho si me retraso para la partida de ajedrez. (*Besa a* DORIS). Adiós, querida, no te apures. Ya verás, mañana todo quedará en claro y serás feliz para siempre.

(*Le da a* DORIS *otro beso, coge el bolso y sale.* DORIS *se sienta en silencio unos momentos, luego suspira, se mira en el espejito de su polvera y se retoca la cara. Levantándose del sofá va al teléfono, consulta un número en la Guía y coge el receptor. Marca*).

DORIS: Conferencia. (*Pausa*). Quisiera hacer una llamada interurbana. Mayfair cinco, cuatro, tres, dos. (*Pausa*). Póngame con Información. (*Pausa*). ¿Información? (*Pausa*). Quisiera preguntarle sobre unos billetes. Sí, desearía tomar dos plazas en un avión, ¿podría pedirlas a última hora? (*Pausa*). ¿Para dónde? A cualquier parte. Es decir, para Roma. No. Para Egipto. (*Pausa*). ¿No? ¿No va el avión diariamente a Egipto? ¿Pero a Roma sí, verdad? (*Pausa*). ¿Y cree usted que se encontrarían plazas sin reservarlas de antemano? (*Pausa*). ¿A qué hora sale el avión? (*Pausa*). ¿De la mañana o de la tarde? ¿Sale de Croydon? (*Busca a su alrededor un lápiz, no lo encuentra y toma nota con la barra de labios en una página de la Guía, telefónica*). Muchas gracias. Muy agradecida. (*Mientras dice las últimas palabras entra* HUTTON. *Va al sofá y se sienta pesadamente, da un suspiro de cansancio y cierra los ojos.* DORIS *va hacia él. Se arrodilla a su lado en el sofá y le toma la mano*). Vida mía, ¿no te encuentras bien? (HUTTON *afirma con le cabeza, sin hablar*). Ya me he enterado de lo que ha pasado. ¡Ay, Osito, qué horror!

HUTTON: Es tremendo porque es imposible y sin embargo ha pasado.

DORIS: ¿Pero cómo?

HUTTON: No me preguntas nada, Doris. No hablemos nada de eso. Ahora, no. (*Se lleva las manos a la cabeza*). ¡Qué confusión! ¡Como una tormenta de polvo! No, aún peor. Como estar en medio de un enjambre de insectos. No puedo pensar más. (*Alarga una mano para, atraerla hacia sí, pero* DORIS *le rehúye*).

DORIS: No, Enrique, no…

(*Él no le hace caso y rodeándole con un brazo empieza a besarla en la garganta. Ella se resiste un poco, luego, de repente, toma la cabeza de su marido entre las manos y le besa apasionadamente en la boca. Él la atrae hacia sí y por largo tiempo reposa en el hueco de su brazo en silencio, mientras él le acaricia el cabello y de vez en cuando se agacha para besarla en la cara*).

HUTTON: Esto es también imposible. Demasiado bueno en cambio. Y sin embargo, pasa. Está pasando ahora. Es imposible, es imposible. Y lo mismo pasa con todo. Todo es imposible; la vida, el pensamiento. ¿Cómo puede un trozo de materia enamorarse o escribir Hamlet? Está fuera de nuestro alcance. Y sin embargo, ahí está Hamlet y ahí estás tú y aquí estoy yo. Desafiando al tiempo, fuera de esta pesadilla de perecer perpetuo, más allá del mal, más allá del bien. (*La besa otra vez muy levemente, luego empieza a recitar*).

El futuro no existe, ni tampoco el pasado,
no hay raíces ni frutos, sólo flor pasajera;
descansa, reposa,
que la noche vendrá, oscura y silenciosa
y no por unas horas, sí, por la vida entera…

(*Largo silencio*).

DORIS: Vida mía, nunca creí que me quisieras tanto.

HUTTON: (*Con una risa tierna y burlona*). ¿Tanto como qué? ¿Como esto? (*La besa en la garganta*). ¿O como esto? (*Le da unas palmaditas en la frente y el cabello*). ¿O como esto? (*Se lía un rizo del cabello de* DORIS *en un dedo y le da un tirón rechinando los dientes mientras tira con expresión burlona de salvajismo. Suelta el pelo y la mira sonriente.* DORIS *no le devuelve la sonrisa. Aparece en su rostro una expresión desconsolada*).

DORIS: ¿Por qué lo hiciste, Enrique? ¿Por qué lo hiciste?

(*La pregunta pone colérico a* HUTTON. *Aparta de si a* DORIS *de un empujón y se levanta*).

HUTTON: Todos parecéis dar por seguro que yo maté a mi esposa. Primero el forense. ¿Eché algo en la medicina de Emilia? .Luego el señor Johnson me niega el

saludo al salir del Juzgado. Y ahora, tú. ¡Tú! (*Toda su contenida desesperación, temor y asombro estallan en furia violenta e insensata contra* DORIS). ¿Tengo yo cara de ser uno de esos que van por ahí asesinando gente? (*Coge la muñeca de trapo*). ¡Retuércele el cuello y cómprate otra! (*Le arranca la cabeza a la muñeca, tira al suelo los desmembrados fragmentos y les da un puntapié*). Supongo que te creías que estaba yo tan locamente enamorado que hubiera hecho cualquier cosa por lograrte, cualquier cosa, cualquier cosa. Ya es casi hora que las mujeres se den cuenta que los hombres no se vuelvan locos por ellas. Todo lo que uno pide es un poco de distracción y la oportunidad de olvidarse de sí mismo, en vez de eso… (*Se calla, se encoge de hombros con un gesto de frustración y le da otro puntapié a la muñeca*). No sé por qué diablos me casé contigo. Ni por qué hombre alguno, en su sano juicio, se casa jamás con mujer alguna. Necesito tomar el aire; voy a salir. (*Va hacia la puerta*).

DORIS: (*Implorante*). ¡Osito! (*Sale* HUTTON *dando tras él un portazo*). ¡Vida mía!

(*Corre a la puerta, la, abre y mira hacia fuera. Dándose cuenta que él no piensa volver, la cierra, vuelve al sofá, se sienta y se cubre la cara con las manos. Después de lo que parece mucho tiempo, abre los ojos, toma el tarrito de tabletas que Juanita se ha dejado en la mesa, lo abre y titubea. Finalmente llena un vaso de agua, toma varias pastillas del tarrito en la palma de, la mano, se las pone en la boca y se las traga de un golpe con un sorbo de agua. Mientras se vuelve a echar más tabletas en la palma, cae el telón. Completa oscuridad por unos segundos; luego se alza el telón. El mismo decorado.* DORIS *estará, acostada en el sofá que está ahora convertido en cama. El doctor* LIBBARD *está en la puerta, secándose las manos*).

LIBBARD: Ya pasó esto, jovencita. Un día en cama y puede usted hacer lo que le plazca. Pero téngalo en cuenta, que no vuelvan, a repetirse estas tonterías.

DORIS: (*Con débil desafío*). ¿Quién me lo va a impedir?

LIBBARD: Nadie sino su sentido común y su propia estimación. (*Tira la toalla sobre una silla y se acerca al sofá*).

DORIS: No me quiere. No quiero seguir viviendo.

LIBBARD: ¿Qué le importa a nadie lo que usted quiera? ¿Quién se toma el menor interés en sus innobles emociones? ¿Por qué no piensa usted en cualquier otra persona, aunque sólo sea por variar?

DORIS: (*Indignada*). Estoy siempre pensando en Enrique.

LIBBARD: Eso no es cierto. Usted piensa en sí misma en relación a Enrique. Si usted pensara en Enrique trataría usted de hacer algo bueno y útil. Trataría de ayudar a un hombre que se encuentra en un terrible apuro. En vez de lo cual, se convierte usted en un estorbo al tragarse medio tarro de tabletas para el sueño. Y acuérdese, si a medianoche se despierta con calambres intestinales, no culpe a Enrique. Es sólo culpa

de usted. Mientras tanto mantenga esa botella de agua caliente sobre el estómago. (*Alza las sábanas y pone una botella de goma, que ha cogido de la mesita, sobre el estómago de* DORIS). ¡Ya está! (*Le arregla la ropa de la cama*). Y ahora, ¿no se arrepiente usted?

DORIS: (*Habla después de un silencio y le toma la mano a* LIBBARD). Lo siento mucho, doctor. No volveré a hacerlo más.

(LIBBARD *sonríe con sincero afecto y ternura y le da unos golpecitos en la mano*).

LIBBARD: Es usted una buena chica.

DORIS: No, no soy buena. He hecho cosas tremendas. Por eso está pasando todo esto. (*Después de un silencio y en susurro*). ¿Se ha enterado usted de lo que dijeron en el interrogatorio? (*El doctor afirma con la cabeza*). ¿Cree usted que…? Quiero decir, ¿es posible que…?

LIBBARD: No. Estoy seguro de que no fue Enrique, si es eso lo que usted quiere preguntarme.

DORIS: ¡Ay! ¡Gracias a Dios! Pero… entonces, ¿quién?… ¿Cómo puede haber sucedido?

LIBBARD: Puede muy fácilmente haber sido un suicidio.

DORIS: ¿Lo cree usted?

LIBBARD: (*Sonriente*). ¿No lo ha intentado usted? Quiero mucho a Enrique; pero confieso que me alegro de no estar casado con él.

DORIS: No sea usted injusto, doctor. Ha sido mía toda la culpa y no de Enrique. Después de todo, ¿por qué ha de quererme si no quiere? Quererle es asunto mío. Dígame, cómo puedo servirle de algo, doctor Libbard.

LIBBARD: Lo primero y principal es creer en él. Contra viento y marea, a pesar de todo.

DORIS: (*Dudosa*). ¿A pesar de todo?

LIBBARD: (*Afirmando con la cabeza*). Otras personas quizá no piensen como usted y como yo.

DORIS: Me lo figuro.

LIBBARD: Eso es lo primero. Y luego, pase lo que pase, tiene usted que ser fuerte y mantenerse tranquila. Ni lágrimas ni escenas desgarradoras. Esas sólo son satisfacciones, nada más que eso. Algunas mujeres lloran con la misma facilidad con que gruñe un cerdo y disfrutan con ello casi tanto. No lo haga usted. ¡No lo haga! Y, por último, recuerde que va a tener un hijo. Eso es quizá lo mejor que le haya pasado nunca a Enrique. ¡Por Dios Santo, no vayamos a echarlo todo a perder! (*Se abre la puerta y* HUTTON *mira hacia dentro. El doctor le hace señas, luego se vuelve a* DORIS). ¡Mira quién está ahí! (DORIS *vuelve la cabeza y ve a* HUTTON).

DORIS: ¡Enrique!

HUTTON: Me dijeron al entrar… ¿Estás ya bien?

LIBBARD: ¡De primera! Y nunca más se volverán a repetir estas tonterías, ¿verdad, Doris?

(DORIS *sonríe y niega con la cabeza.* LIBBARD *se levanta y empieza a arreglar su maletín*).

LIBBARD: ¡Qué estupendo sería que fuésemos todos espíritus incorpóreos! No tendría que haber médicos, sólo psicoanalistas a cinco guineas la hora. Buenas noches, hija mía.

(*Le da una palmadita a* DORIS *en el brazo, luego va hacia la puerta acompañado de* HUTTON).

HUTTON: ¡Gracias a Dios que llegó usted a tiempo!

LIBBARD: ¿Pero no hubiese sido mejor si no hubiese tenido que venir? No es usted malo, Enrique; pero tiene usted el don fatal de causar el mal a otras personas. Al ponerse en contacto con usted o hacen algo malo o sufren algún daño. Y es porque nunca se ha dedicado usted a nada. Todo lo que ha deseado usted es que se dedicasen otras personas mientras usted las miraba distraído. Pero, desgraciadamente, a los otros no les gusta que se les trate como fuente de diversiones. Especialmente a las mujeres. El modo cómo reaccionan ante este trato no es muy divertido. Buenas noches, Enrique; y por si le sirve de consuelo: yo no saco las conclusiones obvias de la evidencia médica.

HUTTON: Muchas gracias.

(*Se dan la mano. Sale el doctor.* HUTTON *va a la cama, se arrodilla junto a ella y toma la mano de* DORIS).

HUTTON: ¿Me perdonas, Doris?

DORIS: (*Acariciándole el cabello. Pausa*) Vida mía… Soy yo quien necesita la perdonen. Todo ha sido egoísmo. Ahora lo veo claro. Lo hice por despecho. Quería salirme con la mía.

HUTTON: Quien empezó fui yo.

DORIS: Debí tener más juicio.

HUTTON: ¿A los dieciocho años?

DORIS: Es algo para lo cual la edad no tiene importancia. Es sólo cuestión de… de ser chica. No, detesto esa palabra; está mal. ¿Por qué las mujeres no han de llamarse a sí mismas «mujeres» simplemente? ¿Por qué han de pretender que son como rostros de la pantalla? ¿Siempre mirando a los hombres de soslayo, con las bocas pintadas

como un anuncio luminoso? Yo también lo hago, claro. ¿Por qué? No lo sé. (*Le mira con ternura; de repente le revuelve el pelo y lanza un chillido*). Claro que no es distinto, te quiero tanto de un modo como de otro. Sólo que ahora hay algo más. ¿Sabes lo que dijo?

HUTTON: Ya lo sé.

DORIS: (*Al cabo de una pausa con repentino énfasis*). ¡Y pensar que quise matarme! Cuando todo es tan hermoso, tan… misterioso… (*Mira alrededor del cuarto*). Hasta esa mosca en el techo. Hasta esta muñeca tonta. Y esto… ¡qué maravilloso esto! (*Mueve la mano de un lado para otro*). Poderse mover de acá para allá. El vacío aquí. El vacío allí. Por eso se es libre. Quizá eso es lo que Dios es… el vacío entre las cosas. ¡Libre! ¡Libre! (*Mueve la mano en distintas direcciones en el espacio, luego la deja caer en la mesilla junto al sofá. Se toca el pecho*). Piensa en lo que sería el mundo si no existiese el vacío, si todo estuviese lleno, colmado, que no se pudiese uno mover. Sería como un ataúd. Eso es la muerte, eso es el infierno. (*Silencio*). Le pondremos Patricio, vida mía.

HUTTON: ¿Le pondremos, a quién?

DORIS: ¿A quién va a ser? Al niño.

HUTTON: ¡Acabáramos! No soy irlandés, pero no le pongo reparos al nombre de Patricio. ¿Y si fuese niña?

DORIS: ¿Qué te parece Belinda?

HUTTON: Por ahí no paso.

DORIS: ¡Pero si es un nombre muy bonito!

HUTTON: ¿No me ves corriendo detrás de la criatura, por los jardines de Kensington, llamándola a gritos: ¡Belinda! ¡Belinda!?

DORIS: Parecerías tonto, fuese su nombre el que fuese. Todos los hombres parecen tontos cuando quieren meter a un niño chiquito en cintura.

HUTTON: Quisiera no parecer más tonto de lo preciso.

DORIS: Está bien; le pondremos otro nombre. ¡Ay, Osito, lo maravilloso que va a ser todo! Irán a la escuela, crecerán, se casarán, tendremos nietos…

HUTTON: Y, entretanto, ya habrá habido nuevamente dos o tres guerras mundiales y media docena de desastres económicos y revoluciones. Pero, afortunadamente, la vida privada seguirá, como siempre, a pesar de cuanto hayan podido hacer por nosotros los bienhechores de la humanidad. Los grandes hombres son aclamados, odiados luego; los imperios se alzan y caen; las artes florecen y mueren; las ideologías se ponen de moda y dejan de estarlo. Pero el comer y el beber, hablar y amar, son las únicas cosas que verdaderamente importan. No es el progreso ni la revolución lo que puede hacer feliz a las gentes; no es ni Marx ni Abraham Lincoln. Es sentarse sobre la hierba, contemplar la puesta de sol y acaso, a hurtadillas, hurgarse las narices.

DORIS: ¡Mis hijos no se van a hurgar las narices!

HUTTON: Eso dices, pero también lo verás. Lo hará Belinda, lo hará Isolda y hasta Melisanda.

DORIS: ¡Cállate! (*Le tapa la boca con la mano. De repente cambia de expresión*). Nos hemos olvidado, Enrique. Estamos cerrando los ojos y engañándonos. (*Se cubre por un momento la cara con las manos y luego se dirige a él*). Escucha. Un momento antes de volver tú del Juzgado, llamé a Aviones de Ultramar. Me dijeron que, con suerte, se pueden obtener plazas a última hora. Yo me encuentro bastante bien. Podría levantarme ahora mismo si hiciera falta. Un avión saldrá de Croydon por la mañana, muy temprano. Hoy es viernes, tenemos todo el fin de semana por delante. Podríamos estar en África antes de que nos encontrasen. O en Turquía… o en… (*Muy enfadado* HUTTON *empieza a levantarse, ha estado de rodillas.* DORIS *le pone la mano en el hombro, para impedírselo*). ¡Osito! (*Le retira la mano, se levanta y empieza a pasear por el cuarto*).

HUTTON: ¿Quién te ha metido esa idea idiota en la cabeza?

DORIS: ¿No crees que es un buen plan?

HUTTON: (*Con sarcasmo*). Magnífico si lo que quieres es que me condenen a muerte. ¿No se te ocurre que eso sería pedir que me arrestasen?

DORIS: No se me había ocurrido.

HUTTON: Claro que no, porque todavía crees que lo hice.

DORIS: No lo creo. No lo creo.

HUTTON: Entonces, ¿por qué me sugieres que huya?

DORIS: Creí que sería lo más seguro. Digo, en caso de que no comprendieran. En caso de que no les pudieses hacer creer la verdad. (*Rompe a llorar*). Otra vez he sido una tonta. Te he hecho enfadar. Y no es más que porque te quiero tanto… porque me devora la ansiedad… (HUTTON *se amansa, va a ella y, sonriente, le acaricia los cabellos*).

HUTTON: Amo a mi Amor, con A mayúscula, porque es tan aplomada… (*Se saca el pañuelo y le enjuga los ojos*). Tan apocada y tan angustiosa. (*Se guarda el pañuelo, le toma la cara entre las manos y la mira*). Sin decir lo alegre, adorable, amable y atractiva… que es.

DORIS: Vida mía…

HUTTON: Y tan absurda…

(*Le da un golpecito en la nariz. Llaman a la puerta.* HUTTON *se pone en pie. Entra* CLARA).

CLARA: Es la señorita Spence, señor. Dice que no quiere molestar a los señores; pero que se dejó olvidada una cosa cuando estuvo aquí esta tarde.

HUTTON: ¿Qué hacemos? (*A* DORIS. DORIS *asiente.* HUTTON *se vuelve a* CLARA). Dígale que pase. (*Mutis* CLARA). ¿Qué se le olvidó?

DORIS: Me da vergüenza decirlo. (*Señala el tarrito de las tabletas*).

HUTTON: ¡Ah, ya! (*Mete el tarrito en la cajita de cartón*). Pues en cierto modo me alegro que se las dejase. ¿Y tú?

(DORIS *le coge, una mano y se la besa. Entra* JUANITA *y corre hacia el sofá*).

JUANITA: Acaba de decirme Clara que… Es terrible…

DORIS: Estoy perfectamente. De verdad, Juanita.

JUANITA: ¿Es verdad, Enrique?

HUTTON: Libbard vino en seguida. No ha pasado nada.

JUANITA: ¡Gracias a Dios! Me siento tan culpable. ¡Si no fuera tan distraída…! (*Indica el tarrito de las tabletas para el sueño*).

HUTTON: Te estamos muy agradecidos por serlo.

JUANITA: ¿Agradecidos?

HUTTON: Naturalmente que ha sucedido una cosa muy arriesgada. Pero ha resultado de lo más satisfactorio. ¿Verdad, amor mío?

(DORIS *asiente con la cabeza y le sonríe tiernamente. Largo silencio*).

JUANITA: (*Con forzada sonrisa*). Bueno, mejor será que recoja mis bártulos y me marche. El tercero estorba. (*Besa a* DORIS). Adiós, cariño. Te alegrarás de librarte de mí.

DORIS: Al contrario, Juanita.

JUANITA: ¡Mentirosilla!

(*Amenaza jugando a* DORIS *con la mano, luego recoge el tarro de las tabletas y va hacia la puerta, que* HUTTON *le abre. En el umbral, se vuelve y le dice a* HUTTON).

JUANITA: Creó que debo decírtelo, Enrique. Me encontré al Vicario ahora mismo, luego se nos acercó el forense Boswell. Dijeron las cosas más espantosas.

HUTTON: ¿De mí?

JUANITA: (*Afirmando con la cabeza*). Cosas terribles.

HUTTON: Era de esperar.

JUANITA: Les dije que no había derecho a pensar así, mucho menos a hablar. Pudiera haber sido un accidente. Acaso un suicidio.

HUTTON: Desde luego no fue lo que ellos creen. ¡Eso es! ¡O accidente o suicidio! (*Pausa*). ¡Pobre Emilia! Estaba siempre diciendo que estaba cansada de la vida. Yo creía que era hablar por hablar. Me figuro que yo no quería enterarme de lo desgraciada que era. (*Baja la voz*). No hago más que pensar si habría oído decir algo de… Doris.

JUANITA: Es muy posible.
HUTTON: Quizá fuese eso lo que la impulsó. ¡Dios mío! ¡Qué cosas se hacen!
JUANITA: (*Despacio, después de una pausa*). ¡Qué cosas se hacen! Bueno…

(*Pasa por la puerta y* HUTTON *la sigue*).

TELÓN

ACTO TERCERO

ESCENA I

El escenario está dividido desigualmente, a la izquierda, la celda de HUTTON *y a la derecha la sala de los Spence. Cuando está encendida una, la otra está apagada, invisible.*

Blanqueada, con suelo de piedra, la celda contiene una cama, una silla y una mesa. Al otro lado, la sala de los Spence es un cuarto sin personalidad en una casa del siglo XIX*, de estilo indeterminado. Hay en la pared medianera, en el centro, una chimenea. Puerta al foro; a la derecha ventanas y puerta vidriera que da a una terraza. El mobiliario es cómodo, viejo y algo usado. Los viajes del* GENERAL *han dejado su huella en el cuarto en forma de colgaduras indias, panoplias con armas orientales, un Buda en talla dorada y un Krishma bailarín, de bronce.*

Al alzarse el telón, sólo estará iluminada la celda. Se ve a HUTTON *paseándose por ella, como un animal enjaulado. Suena la media en el reloj de la Prisión.* HUTTON *se para, se detiene lo bastante para contemplar la posición del sol a través de la ventana estrecha, y reanuda sus paseos. Se apaga la luz y se enciende inmediatamente en la otra parte del escenario.*

JUANITA*, de aspecto enfermo y demacrado está sentada en una butaca frente a la chimenea. No deja de tocarse la pulsera. Se abre la puerta y entra el* GENERAL *Spence empujado por la* ENFERMERA*. Están vestidos para salir, bien abrigados, pues estamos a últimos de otoño. El* GENERAL *tiene sobre las rodillas un rollo de galletas.*

ENFERMERA: Aquí nos tiene, señorita. ¿No muda de parecer y se viene con nosotros?

JUANITA: No. (*Habla en tono bajo, raro y monótono*).

GENERAL: Vamos a empezar por darles de comer a los perros. Conviene estar entre los perros de vez en cuando. Se distrae uno de sus preocupaciones. No me hubiese importado nada haber nacido perro. Perrera cómoda. Comida gratis. Acceso ilimitado

al género femenino de la especie. Cuando se es viejo le sueltan a uno un tiro. Nada de sillones de ruedas, ni de torturas, ni endemoniadas enfermeras. Un golpetazo y se acabó todo. (*Se ríe; pero sus esfuerzos para hacer sonreír a* JUANITA *son ineficaces.* JUANITA *sigue tocándose la pulsera. El* GENERAL *le pone la mano en el brazo*). Ponte el abrigo y vente con nosotros. Anda ya.

JUANITA: No, padre, no tengo ganas.

ENFERMERA: Dormiría usted mejor si hiciese un poco de ejercicio.

JUANITA: ¡Por favor!

ENFERMERA: Lo que usted necesita es una buena caminata a paso vivo. Y luego cinco minutos de ejercicios respiratorios. Tengo mucha fe en los ejercicios respiratorios. Hacia arriba del colon, luego a través, luego hacia abajo. Hacia arriba, a través, hacia abajo. Cuarenta o cincuenta veces seguidas. Yo se los ordenaba a la señora de Hutton todos los días. (*Suspira y mueve la cabeza*). ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla! Bueno, dormirá más tranquila en su tumba, del viernes en adelante. «La venganza es mía», dijo el Señor. Esa es la verdad. ¡Ya lo verá él cuando le echen el nudo al cuello y aprieten el resorte! (*Mientras tanto,* JUANITA *se ha levantado y abre el pestillo de la puerta vidriera*). Casi no puedo esperar al viernes.

JUANITA: (*Reteniendo abierta la puerta para que pasen y señalando hacia fuera*). ¡Dese prisa! ¡Vivo!

(*Su tono es perentorio. La* ENFERMERA *la mira sorprendida y con cierta aprensión*).

ENFERMERA: En seguida. En seguida. (*Al* GENERAL). ¿Lleva usted el rollo de las galletas? (*Le encasqueta el sombrero de cazador hasta las orejas y se dirige con él hacia la puerta*). Volveremos para tomar el té.

(*El* GENERAL *da unos golpecitos en la mano de su hija, mirándola con solicita ternura*).

GENERAL: No te dejes aplanar.

(JUANITA *no dice nada y retira la mano. La* ENFERMERA *empuja la silla, a través de la puerta y la terraza.* JUANITA *cierra la puerta y se queda mirando al jardín. Se abre la puerta del foro y aparece una* DONCELLA).

DONCELLA: El doctor Libbard, señorita.

LIBBARD: (*Dándole la mano*). Pasaba por aquí en el coche. He entrado a ver qué tal os encontrabais.

JUANITA: Mi padre está muy bien. Acaba de salir a dar un paseo.

LIBBARD: ¿Y tú? (*La mira fijamente*). ¡Hum! ¡No me acredita mucho que digamos

ser tu médico!

JUANITA: (*Luego de un silencio*). Si no duermo esta noche me volveré loca.

LIBBARD: ¿Todavía te queda algo de aquello que te mandé, no?

JUANITA: Parece que ya no me hace efecto. Tengo unas pesadillas espantosas y me despiertan. ¿No podría usted mandarme algo que me hiciera dormir?

LIBBARD: Podría, pero no quiero.

JUANITA: (*Con su voz monótona, desgajada*). Porque no sabe usted, lo que es esto, doctor Libbard. Noche tras noche… No lo puedo resistir más.

LIBBARD: Cualquier tonto puede quitar los síntomas del insomnio. Lo difícil es encontrar la causa, encontrarla y hacerla desaparecer.

JUANITA: (*Después de un silencio*). Pues ya desaparecerá… El viernes que viene.

LIBBARD: ¿El viernes próximo? ¿Tanto le odias?

JUANITA: Existen pruebas, ¿no? Existen pruebas de que la mató. ¿Cómo no quiere usted que le odie? Emilia era… mi mejor amiga.

LIBBARD: Si querías tanto a Emilia, es natural que te apene la muerte de tu amiga. ¡Qué tragedia!

(*Silencio*).

JUANITA: No hago más que pensar en aquella noche horrenda.

LIBBARD: A veces parece muy fácil morir. Y otras es tremendamente difícil. Difícil para la mente lo mismo que para el cuerpo.

JUANITA: ¡El temor! Creo que fue peor que el dolor. ¡Y todo por culpa de él! Le digo a usted, que le odio.

LIBBARD: ¡Y antes erais tan buenos amigos!

JUANITA: ¡Nunca! Siempre sentí que faltaba algo. ¡Quizá fuese a causa de cómo trataba a la pobre Emilia! Con verdadera crueldad. No podía yo soportarlo.

LIBBARD: No creo que Emilia se diese cuenta de tus sentimientos hacia él. Se figuraba que al morir ella, tú y él os casaríais.

JUANITA: ¿Casarnos? ¡Qué monstruosidad! ¿Cómo se atreve usted?

LIBBARD: Repito sólo lo que Emilia me dijo.

JUANITA: (*Con creciente furia*). Hablando de mí como si yo fuese una de sus tantas. ¡Como si yo fuese una de esas rameras que se acuestan con el primer hombre que encuentran! ¡Qué asco! ¡Qué indecencia!

LIBBARD: No creo que casarse sea ninguna indecencia.

JUANITA: ¡Esto es intolerable!

LIBBARD: (*De pronto en plan médico*). Perdona. (*Se saca una linterna del bolsillo*). Hazme el favor de estarte quieta un momento. (*Le levanta primero un párpado, luego el otro, y le ilumina los ojos mirándole fijamente el iris. Tararea para sí, mientras lo hace*). Sí, sí… sentiré haberte molestado con la luz. (*Se guarda la*

linterna en el bolsillo). El excitarte no te ayudará a dormir mejor, ¿verdad? (*Le toma el pulso*).

JUANITA: (*Que ha recobrado el dominio de sí misma, le contesta en tono normal*). Lo siento, doctor Libbard.

LIBBARD: No necesito disculpas. Dátelas a ti misma. Al fin y al cabo eres tú quien sufre de insomnio. Hay otra persona que tampoco duerme bien; la que se ha casado con él.

JUANITA: (*Después de una pausa*). ¿No piensa usted nunca en esa desgraciada criatura?

LIBBARD: ¿En el hijo de Hutton?

JUANITA: (*Afirmando con el gesto*). Figúrese lo qué será de él en la escuela. ¿«Qué hace tú padre»? Mi padre era un criminal. Le ahorcaron en la prisión de Wandsworth. (*Lanza una risita, luego se contiene y sigue en tono solícito*). Me horroriza de veras el pensarlo. ¿A usted no?

LIBBARD: Primero que no lo pienso y segundo que si lo pensase no me espantaría. Ni tampoco sentiría ninguna satisfacción.

JUANITA: ¿Cree usted que yo siento esa satisfacción? Va a ser algo trágico, algo verdaderamente tremendo.

LIBBARD: Es difícil curar las úlceras de estómago, pero producírselas es facilísimo. No hay por qué pensar en el porvenir. Nadie sabe qué será de esa criatura. De lo único que podemos estar bien seguros es de que si tiene sentido común o ánimo no le irá mal… Aun cuando las circunstancias no le sean propicias.

JUANITA: No es ninguna broma ser hijo de un criminal.

LIBBARD: No es ninguna broma ser hijo de nadie. No es ninguna broma nacer. Y, a pesar de todo, todavía no estoy convencido de que Hutton sea un criminal.

JUANITA: ¿Quiere usted decir que no cree en su culpabilidad? ¿Después de lo que sucedió en el juicio? ¿Cómo puede usted decir cosa semejante?

LIBBARD: Acabo de leer un libro muy interesante. Es un análisis de casos bien conocidos de personas que fueron condenadas por crímenes que jamás cometieron.

JUANITA: ¡Pero si hay pruebas!

LIBBARD: También existían pruebas en estos otros casos. Algunas veces no eran sino evidencias circunstanciales. Se amontonaban, todo apuntaba a una misma dirección, la conclusión era obvia y sin salida. Y sin embargo, el fallo era erróneo. Pero es raro que pase esto. Lo más frecuente es que sea una combinación declaraciones engañosas y casuales y de deliberados testigos falsos.

JUANITA: ¿Quiere usted decir que alguien ha mentido?

LIBBARD: No lo sé. Pero no puedo creer que Hutton sea culpable.

JUANITA: Entonces… ¿Entonces quién fue?

LIBBARD: ¿No pudo haber sido la misma Emilia?

JUANITA: ¿Suicidio? No. Emilia no pudo jamás suicidarse. No era de esa clase de

personas.

LIBBARD: Me sorprendió mucho oírte decir eso en el juicio. Muchas veces me habló ella de lo cansada que estaba de la vida, de las ganas que tenía de ponerle fin.

JUANITA: Nunca le oí decir cosa semejante. Nunca.

LIBBARD: Ni tampoco la enfermera Braddock, si bien recuerdo.

JUANITA: Ni sé lo que dijo ella, ni me importa.

LIBBARD: A Hutton sí que le importó. Pesó mucho en el jurado. Como declarado por alguien que había estado con Emilia, día y noche, casi dos años. Y dijo que jamás le oyó ni la menor insinuación de suicidarse. El suicidio era el principal punto de defensa.

JUANITA: No me interesan los puntos de defensa. Lo que me interesa es la verdad. La justicia. (*Va alzando la voz al hablar, hasta que casi no puede dominarla*). Y si va usted a insinuar ciertas cosas… Si me acusa de haber mentido… sólo porque odio a ese bestia… (*De pronto se contiene*). ¿Por qué me deja usted seguir hablando? ¿Por qué no me ataja usted?

LIBBARD: A las personas no les gusta que se les interrumpa, por regla general.

JUANITA: Lo hago sin querer. Es que me excito y luego se me suelta la cuerda. ¿No conoce usted esa sensación terrible? Es como si uno fuese un violín y alguien le apretase las cuerdas cada vez más. La menor cosa las hace vibrar. Un día estallarán, ¡Dios mío! ¡Quisiera que todo hubiese pasado ya!

LIBBARD: ¿Pasado ya? Parece que crees que esto es algo que ocurriese en el cine o en una novela, que tiene un final. El viernes a las ocho de la mañana, para ser precisos. Pero ese no será el final.

JUANITA: ¿Qué dice usted?

LIBBARD: Está claro. En la vida real no hay finales. Sólo transiciones; sólo una sucesión de nuevos comienzos. Van a ahorcar a Hutton. Pero no creas que te vas a ver libre de él. De un modo o de otro esto continuará. Todo lo que puedes preguntarte es si continuará de ésta o de otra manera.

JUANITA: ¿De qué otra manera?

LIBBARD: Eres la única persona que puede contestar a esa pregunta. Lo que yo sé es que el camino que ahora se sigue es el peor. No puedes dormir. Y a Hutton lo van a ahorcar por algo que jamás hizo.

JUANITA: Se ha probado.

LIBBARD: A mi satisfacción, no.

JUANITA: Es una tontería decir que fue un suicidio. La enfermera Braddock nunca le oyó decir nada y yo jamás la oí tampoco. ¿Cómo podría ser?

LIBBARD: Está bien, vamos a figurarnos que tienes razón.

JUANITA: Sé que la tengo.

LIBBARD: Tú sabes que no fue Emilia y yo sé que no fue Hutton; entonces tiene que haber sucedido por otro medio. Y si tú me preguntas por qué otro medio, te

contestaré lo de antes.

JUANITA: No sé lo que anda usted buscando.

LIBBARD: Lo que ando buscando es hacerte dormir. (*Después de una pausa*). ¿Conoces la razón básica por la cual la pobre Emilia era tan desgraciada?

JUANITA: ¿Cuál era?

LIBBARD: La de no aceptar los hechos como eran. Era una enferma y había perdido su belleza. Pero quería que la gente la tratase como si fuese joven y bonita. He aquí su desgracia. (*Pausa*).

JUANITA: ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

LIBBARD: Eres tú quien ha de decirlo. Sólo estoy demostrándote que las personas pueden ponerse de acuerdo hasta con los hechos más terribles. Pero tienen que aceptarlos. Tienen que adaptarse a la realidad.

JUANITA: Palabras, sólo palabras.

LIBBARD: No, son más que eso. He conocido a muchas personas que pactaron con la muerte y hasta con el dolor, que es muchísimo peor.

JUANITA: Pero nadie se avergüenza de morir, nadie siente que esté mal sufrir. No se desprecia a una mujer porque tenga un cáncer.

LIBBARD: Eso es verdad. Pero también hay personas que aceptan resignadamente la ruina, la pobreza. Y he conocido algunas que hasta se han conformado con ser criminales, hasta con las consecuencias de haber sido criminales. Empezaron de nuevo sobre esa base, sacaron el mejor partido de esos hechos.

JUANITA: (*Después de una pausa*). ¿Cree usted que Enrique se conforma con lo… que le pasa?

LIBBARD: Sé que no.

JUANITA: Hasta ahora siempre le ha sido posible arreglar con dinero sus malos asuntos. Esta vez no le vale.

LIBBARD: Tienes razón. Por eso le es tan duro. Por eso sería tan doloroso para cualquiera de nosotros. Hemos vivido bajo cristales. Contemplamos el lado desagradable de la vida, sin que nos roce. Estamos protegidos por un muro de dinero y privilegio. Es transparente pero fuerte. Nos encontramos a salvo. Pero algunas veces se rompe el cristal y entonces nos horrorizamos por lo que se nos viene encima, nos quedamos abrumados. Y, sin embargo, está en nuestro poder el resignarnos. Y cuanto antes nos conformemos con nuestra suerte, mejor.

JUANITA: ¿Mejor para quién?

LIBBARD: Para todos los afectados. Y especialmente para nosotros mismos, Juanita.

(*Largo silencio.* JUANITA *sigue dándole vueltas a la pulsera. Por fin mira hacia arriba con una sonrisa y habla en un tono deliberadamente fuera de lugar e indiferente*).

JUANITA: Hemos sostenido una charla muy interesante, doctor Libbard. ¿Y de esas tabletas para el sueño, qué? ¿Me va a recetar usted algo un poco más fuerte que lo de la última vez?

(*El doctor la mira un momento, luego mueve la cabeza y suspira*).

LIBBARD: Bueno, si es eso lo que quieres, más valdrá dártelo. (*Se levanta, va al escritorio, saca su block de recetas y empieza a escribir. Luego se interrumpe y se dirige a* JUANITA). Juanita, ¿te acuerdas de aquel joven doctor Fargeon, que conociste en mi casa el año pasado?

JUANITA: Sí.

LIBBARD: Le conozco desde que era niño. Es muy buena persona. Amable, sensato, consciente. Y ahora ha resultado ser un psiquiatra de primer orden.

JUANITA: No, gracias, no quiero ver a ningún psiquiatra.

LIBBARD: ¿Pero quieres curarte, no?

JUANITA: No estoy enferma. Por lo menos no tengo nada de eso. (*Con repentina violencia*). Está usted maquinando para que me encierren. Entonces me tendrá usted a su merced. Tratará usted de sonsacarme cosas. Me martirizará usted.

LIBBARD: Mira, Juanita, no digas disparates.

JUANITA: ¡Pero si es verdad! ¿Por qué, si no, querría usted que me viese un médico de locos? No me pasa nada. No puedo dormir. Eso es todo.

LIBBARD: Por eso precisamente es por lo que quiero que te vea Fargeon. Puede hacerte dormir, si quieres.

JUANITA: (*Horrorizada*). ¿Me podrá hipnotizar?

LIBBARD: ¿Qué tiene eso de alarmante?

JUANITA: Me dormirá y me hará decir todo lo que yo no quiera. Y no sabré lo que haya dicho. No, no, no quiero. (*Se levanta de un salto y anda muy agitada por la sala*). ¡Ya sé lo que se traen usted y sus hipnotizadores!

(*El doctor se levanta y va hacia ella*).

LIBBARD: Escucha, Juanita, sé razonable…

JUANITA: No me toque usted. No soy tonta. Sé lo que usted quiere.

LIBBARD: Juanita…

(*Le pone una mano sobre el hombro.* JUANITA *se vuelve y le golpea ferozmente la muñeca*).

JUANITA: ¡Le voy a matar! ¿Entiende usted?

(*Silencio. El médico se encoge de hombros y vuelve al escritorio*).

LIBBARD: Creo que, al fin y al cabo, mejor será recetarte esas tabletas.

(*Vuelve a escribir otra vez. Se abre la puerta y entra la* DONCELLA. *Va hacia* JUANITA *que está mirando con los ojos muy abiertos hacia fuera por una ventana, dándole vueltas nerviosamente a la pulsera. La* DONCELLA *le dice algo en voz baja.* JUANITA *asiente con el gesto*).

JUANITA: Muy bien. Pásela.

(*La* DONCELLA *sale y vuelve unos segundos después introduciendo a* DORIS. DORIS *viste de calle; un abrigo de pieles que oculta su estado interesante, ya muy avanzado. Tiene muy pálida la cara y muestra señales evidentes de haber llorado. El doctor alza la vista al entrar ella*).

LIBBARD: ¿Eres tú? (*Arranca la receta del block y la deja en el escritorio, luego se levanta Para darle la mano a* DORIS). ¿Te encuentras bien?

(DORIS *afirma con un gesto, luego va hacia* JUANITA).

DORIS: Espero… Juanita… que no te molestará que haya venido.

JUANITA: ¿Molestarme? Ni pizca. (*Sin volverse*). Estoy encantada.

(*Extrañadísima por esta singular acogida,* DORIS *mira interrogante al médico, que la coge de un brazo y la lleva aparte*).

LIBBARD: ¿Has ido a verle hoy, verdad?

DORIS: Sí, fui esta mañana. (*Pausa*). ¡Ay, doctor, qué cosa más terrible! (*Empieza a llorar*). ¡Tenía las manos sangrando!

LIBBARD: ¿Sangrando?

DORIS: De aporrear la puerta. Quiere que le dejen hablar con el director de la cárcel. ¡Como si le fuera a servir de algo! ¿Por qué hacen eso, doctor Libbard? ¿Cómo pueden condenar a un inocente? Usted no le cree culpable, ¿verdad?

LIBBARD: Ya sabes que no.

DORIS: Y mientras tanto le martirizan. Lo tienen allí encerrado. Le recuerdan la hora y el minuto en que será… Y ese reloj maldito sigue sonando y sonando hasta casi volverle loco.

(*Llora. El doctor le da unos golpecitos en el hombro.* JUANITA *se acerca calladamente y se queda en pie escuchándolos*).

LIBBARD: Ya puedes llorar. Espero que no lo harías estando con él.

DORIS: No. Recordé lo que usted rae advirtió. Hice todo cuanto me fue posible para ocultar mi emoción. Pero creo que a él le daba lo mismo. Ya nada puede importarle. No puede pensar en nada más que en lo que le tiene que pasar. Todo lo demás no tiene sentido. Como si no existiese. Ni yo ni el niño. Y antes de que la apelación le fuese denegada, ¡cuánto me quería! Era maravilloso, como si nunca antes nos hubiésemos querido. Algo completamente nuevo, distinto por completo. Y ahora ya se acabó todo. Sólo quedan el reloj y esa hora fatal que cada momento está más cerca.

JUANITA: Más y más cerca…

(DORIS *se vuelve hacia ella*).

DORIS: Juanita, tú le crees culpable.

JUANITA: Está probado, ¿no?

DORIS: Sí, está probado, pero no ha sido él. Te lo juro que no ha sido él. Sé que no ha sido él.

JUANITA: ¿Cómo quieres que yo vaya en contra de la evidencia?

DORIS: Es precisamente de eso de lo que te he venido a hablar, Juanita. Eras amiga suya. Aún podrías hacer algo por él.

JUANITA: ¿Yo?

DORIS: En memoria de los tiempos pasados.

JUANITA: ¿Qué tiene eso que ver con la evidencia?

DORIS: Si fueses a decirles que todo fue una equivocación.

JUANITA: ¿Equivocación? ¿Qué fue una equivocación?

DORIS: Que nunca dijese ella que quería matarse. Si ahora declarases que lo dijiste sin querer.

JUANITA: Lo dije queriendo. Es absolutamente verdad.

DORIS: Pero, Juanita…

JUANITA: No me importa lo que los demás digan. Jamás la oí hablar de eso. Nunca.

DORIS: Pero si las otras personas la oyeron, sería cierto. Así es que no sería mentir. Podrías declarar que sí, que varias veces lo dijo. Te creerían, Juanita. Harían algo. Quizá suspendiesen la… Ahora mismo. ¡Ay, Juanita, por favor, por favor!

(*Toma una mano a* JUANITA *y se la besa.* JUANITA *la retira de un tirón*).

JUANITA: ¿Cómo te atreves?

DORIS: Perdona.

JUANITA: Esos labios… (*Se frota, la mano que* DORIS *le besó*). Me da fatigas sólo el pensarlo. Tanto sobo y besuqueo. Igual que los perros, igual que los monos. ¡Y llamarlo amor! Y todo por la piel. Eso es lo que sólo les importa, la piel. Y te atreves a besarme. Con la misma boca… (*Tiembla*). Y ahora te manda él para que me pidas clemencia lloriqueando.

DORIS: No me ha mandado él. He venido por mi cuenta.

JUANITA: ¡Ah, ya! Ha venido por su cuenta, ¿verdad? ¡Su querida, la golfilla de a cinco chelines por la que perdió el seso! ¡La deliciosa golfilla que no sabe nada de arte ni de literatura, pero que sabe mucho de otras ciertas cosas! Todo cuanto haya que saber. Besar y…

LIBBARD: ¡Basta, Juanita!

JUANITA: ¡Está bien! Defiéndala. Por su piel. Es bonita, ¿no? También le gustaría a usted un poquito de sobo y besuqueo, ¿verdad? (*Se vuelve a* DORIS). Y, mientras, yo debo ir y decir que había mentido, para que tú puedas seguir con tus asquerosos devaneos.

DORIS: Juanita, ¿cómo puedes decir eso?

JUANITA: Sí, ¿cómo puedo? Es imperdonable decir tales cosas, ¿no? A nadie le importa lo que se haga, pero lo que se dice es siempre imperdonable. ¿Qué edad tenías cuando empezaste? ¿Dieciocho? A lo mejor no fue Enrique el primero. Entonces serían diecisiete, acaso dieciséis. No podías esperar. No querías tener la ocasión de saber lo que es el verdadero amor. Sobo y besuqueo, eso es lo que querías. ¿Y crees que eso es amor? Quieres que te ayude a seguir lográndolos y luego, como recompensa, me pedirás que sea la madrina del niño. Del hijo de un criminal, del hijo de un ahorcado. Eso es lo que harán con él: ahorcarle. Apretarle el cuello hasta que se asfixie. Y ahora fuera de aquí, ¡largo!

(*Le pega a* DORIS. *El primer golpe da en el blanco. El Doctor está a tiempo de cogerle el brazo y Parar el segundo.* JUANITA *se queda mirando unos segundos al médico con malevolencia. De repente, se cubre el rostro con las manos y sale corriendo del cuarto. Se apaga la luz y se enciende en la otra mitad de la escena*).

ESCENA II

ENRIQUE *está en su celda echado boca abajo en la cama. Después de un largo silencio se oyen acercarse pasos pesados por el corredor, se detienen ante la puerta. Se alza la mirilla, suena, indicando que alguien mira hacia adentro.* ENRIQUE *se sienta y escucha, luego corre a la puerta. Cierran en este momento la mirilla.*

HUTTON: ¡Escuchen, por Dios! Soy inocente. No he sido yo. Juro que no fui yo. Déjenme hablar con el director. Sólo cinco minutos. Puedo explicarlo todo. ¡Por favor! Él me comprenderá, me creerá si me dejan hablarle. Se trata de un error. (*Ahora suenan otra vez las pisadas, van alejándose. A medida que se amortigua el sonido de los pasos la voz de* HUTTON *sube de tono e intensidad, hasta que es casi un grito*). ¡No se vaya, usted! Se lo suplico. No está bien. Esto no es justicia. No se puede permitir que se ahorque a un inocente. ¡Deténgase! ¡Por Dios! ¡Vuelva usted! (*Se para a escuchar*). ¡Vuelva! (*Se hace completo el silencio. Levanta las manos para aporrear la puerta y las deja caer luego con un gesto de desesperación Se vuelve. Se sienta al borde de la cama y se cubre da cara con las manos. Se abre la puerta de la celda sin hacer ruido y entra un* CELADOR*, seguido de* LIBBARD*. El carcelero se queda de pie junto a la puerta.* LIBBARD *se acerca a la cama y le pone a* HUTTON *la mano en el hombro.* HUTTON *se sobresalta, dolorosamente y mira para arriba*). ¡Ah! (*Ve quien es y toma la mano del médico*). ¡Socórrame, doctor, sálveme, por Dios!

LIBBARD: Solamente puedo salvarle de sí mismo.

HUTTON: ¿Qué quiere usted decirme?

LIBBARD: Puedo evitar que siga mortificándose.

HUTTON: Pero, Libbard. ¡Ya sólo faltan dos días! Aun menos. Poco más de cuarenta horas. ¡Cuarenta horas!…

LIBBARD: Tiempo sobrado para reconciliarse consigo mismo. Tiempo de más para conformarse con los hechos. Mírese esas manos. (*Las manos de* HUTTON *están agarradas al brazo de* LIBBARD). Así es como se aferra a sí mismo. Y mientras más se aferré, más daño se hace. Afloje esos dedos. ¡Aflójelos! (HUTTON *le obedece*) ¡Ya! Ahora deje caer esas manos sobre las rodillas. Déjelas caer como si no fueren suyas. (HUTTON *deja caer las manos, palmas arriba sobre su regazo*). ¡Eso ya es otra cosa! Llevo la friolera de treinta años tratando de curar a las gentes y le aseguro que la mayoría de las enfermedades provienen de nuestro empeño en resistirnos.

HUTTON: ¡Pero yo no estoy enfermo! Me encuentro bien. Estoy perfectamente. Y dentro de dos días me matarán.

LIBBARD: ¡Escuche lo que dice! ¿Cree que un hombre que habla así está sano del todo?

(*Mientras habla, el reloj da los tres cuartos.* HUTTON *se tapa la cara con las manos*).

HUTTON: ¡Ese reloj!

LIBBARD: Sí, las agujas avanzan; la tierra se aleja del sol. Pronto vendrá la noche, luego clareará la mañana, otra noche después, otra mañana luego. Nada puede evitarlo. Nada en absoluto. Y bien, ¿lo cree razón suficiente para convertir los dos últimos días de su vida en un infierno de temor, de amargura y resentimiento? No resista, ¡abandónese! (*Largo silencio*).

HUTTON: ¿Usted ha visto morir a mucha gente, verdad?

LIBBARD: Mucha.

HUTTON: Y… ¿es muy terrible?

LIBBARD: Lo malo es antes… Y sólo es malo para aquellas personas que no se avienen con lo que les pasa. Resisten, se aferran a sí mismos. Pero toda la fuerza del destino les empuja. Todo cuanto griten, luchen y forcejeen es completamente inútil. Lo único que consiguen es sufrir sin necesidad; sólo eso.

HUTTON: (*Lentamente*). Sí; ya lo veo…

LIBBARD: Es cuestión de conformarse con lo que no se puede evitar ni rehuir. No sólo hay que aceptarlo, sino desearlo; desearlo de verdad. Hay que decirse: «Eso es lo inevitable, es mi sino, y quiero que sea tal como es». Cuando uno se dice esto a sí mismo, el destino es siempre bueno y justo, por cruel que le pareciera antes. Lo inevitable se convierte en tolerable y, hasta cierto punto, en razonable.

HUTTON: ¿Razonable?

LIBBARD: Sí; hasta esta pesadilla por la que ha pasado, hasta ésta…

HUTTON: No he sido yo, Libbard. ¿No me cree, usted?

LIBBARD: Le creo.

HUTTON: ¿Aún piensa que lo que me pasa es razonable?

LIBBARD: No, según las normas usuales. Pero cuando las cosas se aceitan y se desean, entonces las normas son distintas.

HUTTON: ¿Lo acepta y lo desea, usted?

LIBBARD: No. Claro que no. No puedo aceptar el daño que se le hace a otra persona, como no puedo conformarme con causarlo yo mismo. En ambos casos he de hacer cuánto esté en mi poder para evitar el mal. Pero ese mal que se me inflige, el daño que sufro, esos sí los acepto. Y si los acepto, si, yendo aún más lejos, los deseo, entonces el mal y el daño cambian de naturaleza, la cambian en cuanto soy yo el afectado; no si lo es otra persona.

HUTTON: Quiere usted decir que hasta la misma injusticia puede ser justa.

LIBBARD: Para la víctima; no para el juez ni para el espectador.

HUTTON: Claro que, en cierto modo, lo que me pasa no es del todo injusto. Yo no

maté a Emilia, pero la martiricé. Sabía yo lo desgraciada que era y aceptaba su sufrimiento. Lo deseaba. Y seguía deseándolo porque no estaba dispuesto a privarme de mis diversiones. Es terrible las monstruosidades que uno es capaz de cometer sólo por divertirse. Todo me parecía entonces trivial y disculpable. Pero ahora, ahora lo comprendo todo mejor… Ahora que ya es demasiado.

LIBBARD: Nunca es demasiado tarde para reconocer la verdad.

HUTTON: (*Después de una pausa*). ¿Cree usted que se nos da a cada cual su merecido?

LIBBARD: ¿Qué se nos da, si no? A Dios no se le engaña… Lo que se siembra se cosecha.

HUTTON: No me creo peor que muchos otros a quienes conozco. ¿Y qué hacen ahora mismo? Cazar faisanes, telefonear a sus agentes de bolsa o sestear en un butacón del club.

LIBBARD: Habla usted como el libro de Job, como si los hombres buenos debieran siempre ser ricos y estar sanos y los malos siempre pobres y llenos de carbunclos. ¡Es infantil! Cazar faisanes y telefonear a los agentes de bolsa no son recompensas celestiales. Al contrario, quizá sean castigos. El hombre que pierde su tiempo en esas cosas no lo emplea en otras. Lo cual indica que es una especie de aborto espiritual. ¿Y ser un aborto, pudiendo ser un ser humano completamente desarrollado, qué es, sino el más terrible de los castigos? Mientras que el ser pobre o enfermo, o injustamente condenado, sí, aún eso, pueden ser recompensas. Tenga en cuenta que, necesariamente no lo son. Lejos de eso. Pero pudieran serlo, si se reacciona como se debe.

(*Largo silencio. Se acerca el* CELADOR).

CELADOR: Ya es hora, señor.

(*Los dos se levantan y se dan la mano sin hablar*).

HUTTON: (*Con la mano de* LIBBARD *entre las suyas*). Me ha hecho usted un bien inmenso, Libbard.

LIBBARD: Dios te bendiga, Enrique. (*Aprieta la mano de* ENRIQUE. *Luego sonríe y habla en otro tono*). Ahora no se resista, descanse. (*Suelta la mano.* ENRIQUE *hace lo propio. Las manos caen lacias*). ¡Ya! ¿Lo percibe? ¡Ya estamos en otras manos!

(*Se vuelve y sale seguido del* CELADOR, *que cierra la puerta tras sí. La luz se apaga en la celda y se vuelve a encender en la sala de los Spence*).

ESCENA III

La sala de los Spence a altas horas de la noche. En un rincón juegan al ajedrez el GENERAL *y la* ENFERMERA. *Algo alejada de ellos está* JUANITA, *consultando una enciclopedia bajo una lámpara. Otros varios tomos gruesos de consulta están esparcidos por el suelo, alrededor de su silla… Largo silencio. Los dos jugadores miran de vez en cuando, con aprensión, a* JUANITA.

GENERAL: (*En voz baja*). No me hace ningún caso. Quizá a usted…

(*La* ENFERMERA *asiente con la cabeza, se levanta y se dirige a* JUANITA. *Le habla en tono profesional, muy animado*).

ENFERMERA: Es tardísimo, señorita. ¿No le parece ya hora de acostarse?

JUANITA: Ya le he dicho que no me quiero acostar. No me acostaré hasta… mañana, después de las ocho.

ENFERMERA: Eso es un disparate. ¿Qué diferencia habrá en que se acueste usted o no? Haga lo que haga, lo ahorcarán, y de buena nos libramos. ¿Y por qué no hemos de vivir a gusto, mientras se puede?

JUANITA: ¿Y que se confabulen a mis espaldas, cuando no pueda ver lo que traen entre manos? No; gracias. ¿Cuándo vendrá el doctor Libbard?

ENFERMERA: No sé. Dijo que vendría muy tarde. Que tenía que hacer una visita urgente.

JUANITA: No sé por qué le ha mandado usted llamar. No le necesito.

ENFERMERA: Su padre lo ha querido así. Está preocupadísimo por usted, señorita.

JUANITA: A Libbard se le meten en la cabeza muchas cosas.

ENFERMERA: ¿Qué cosas?

JUANITA: Las que a usted no le importan.

ENFERMERA: Ande, señorita. Permítame que le ayude a desnudarse y le lleve luego un buen vaso de leche caliente. A lo mejor cuando venga el doctor Libbard recetará algo que le haga dormir.

JUANITA: ¡Ca! No. No voy a dormirme hasta que no sepa puedo dormir tranquila. ¡No soy tan tonta!

ENFERMERA: Venga, señorita, Eso es ser una buena chica.

(*Le pone la mano a* JUANITA *en el hombro*).

JUANITA: (*Con violencia*). ¡No me toque, usted!

(*Se levanta*).

ENFERMERA: ¿A dónde va?
JUANITA: A la biblioteca. Quítese de en medio.

(*Empuja a la* ENFERMERA *y sale*).

ENFERMERA: ¿Ve usted cómo está? ¡Cielos! Me alegro que el doctor dijese que vendría. (*Coge el tomo de la enciclopedia que* JUANITA *acaba de consultar y lo hojea*). Adivine lo que ha estado buscando: «Pena capital». Es para asustarse. (*Lee alto*). «Las penas en la antigüedad, que no requerían aparatos especiales, consistían en ahogar a los reos de muerte o en arrojarles desde una altura, por ejemplo, desde la roca Tarpeya. Los asirios empalaban a sus víctimas. Apedrearles y quemarles era el castigo favorito de los hebreos del Viejo Testamento. Durante el Imperio Romano, se crucificaba a los criminales que no eran ciudadanos de Roma. (*Mueve la cabeza*). ¡Qué horror! (*Sigue leyendo*). Ahora se ahorca en Albania, en el Imperio Británico, Egipto, Estonia, Hungría, Lituania y en algunos Estados de Norteamérica. En Francia se emplea la guillotina».

GENERAL: Sí. Una vez vi guillotinar a un hombre en la Indochina francesa. Es peor aún que degollar a un cerdo. Por eso no me gusta la caza mayor. Mera carnicería.

ENFERMERA: (*Dejando de hojear la enciclopedia*). Esto le hace daño. Debiera leer algo que le distrajese de sus preocupaciones.

GENERAL: Ya se lo he dicho. De nada me vale. Ni siquiera ha querido hojear el «Picwick» cuando se lo di.

ENFERMERA: Dice y repite que sólo se tranquilizará después de la ejecución; pero no lo creo. El mal ha progresado demasiado.

GENERAL: ¿Cree usted que se le haya… trastornado la cabeza? (*Con ansiedad*).

ENFERMERA: No, señor. Tanto como eso, no. Pero sí en un desequilibrio nervioso. Sé de casos iguales. Tardan mucho en curarse y necesitan tratamiento apropiado. Esto indica el golpe que ha sufrido, ¡pobrecita! ¡Ese bestia de hombre! Y pensar que si yo no hubiera hecho lo que hice andaría tan campante por ahí con la niña esa, fumándose buenos puros, mostrando zafias pinturas, como si fuese dueño y señor de la creación.

GENERAL: Nada me importa lo que haya hecho. Me es simpático. ¡Buena persona!

ENFERMERA: ¡Vaya buena persona!

GENERAL: Y, además, todo un caballero; que ya es algo más de lo que puede decirse de mucha gente, hoy en día.

ENFERMERA: ¡Qué gran caballero va a parecer mañana por la mañana, colgando de la soga!

(JUANITA *entra en este preciso momento cargada de varios tomos voluminosos,*

como diccionarios).

JUANITA: (*Sospechosa, señala el tomo que tiene la* ENFERMERA *en la mano*). ¿Qué busca usted en ese libro?

ENFERMERA: Ilustrarme un poco. Adquirir cultura general. ¿No se dice así?

JUANITA: (*Quitándole de un tirón el tomo de la mano*). ¡No hace usted más que vigilarme!

ENFERMERA: ¿Vigilarla?

JUANITA: Ándese con cuidado. Conozco sus mañas. Está usted de acuerdo con el doctor.

ENFERMERA: ¡Por Dios, señorita!

JUANITA: ¡Váyase! ¡Déjeme en paz!

(*Da un empujón a la* ENFERMERA).

ENFERMERA: No se impaciente. Bien puede el ratón mirar al león. (*Se vuelve a la mesa del ajedrez y se sienta*). Bueno, ahora me toca a mí, ¿verdad? (*Mira el tablero un rato; luego juega*). Ande, ¡fúmese ésa!

(*El* GENERAL *hace otra jugada y le gana*).

GENERAL: ¡Ja, ja! ¡Vaya tontería que ha hecho usted!

ENFERMERA: ¡Vaya por Dios! ¡Mira que no verlo yo! ¿Y ahora qué hago?

(*Silencio. La* ENFERMERA *contempla el tablero.* JUANITA *consulta los tomos que ha traído. Suena un timbre a lo lejos*).

ENFERMERA: (*En voz baja*). ¡Gracias a Dios!

(*Se levanta y sale.* JUANITA *está tan absorta, que no se da cuenta de nada de lo que pasa. Silencio*).

GENERAL: ¡Juanita! (JUANITA *no le mira. Le llama su padre más alto*). ¡Juanita!

JUANITA: (*Saltando*). ¿Qué quieres, padre?

GENERAL: Que me prometas una cosa.

JUANITA: (*Sospechosa*). Depende de lo que se trate.

GENERAL: Antes prométemelo.

JUANITA: Me figuro que podré confiar en ti.

GENERAL: Necesitas descansar. Tomarte unas vacaciones. Hace meses y meses que no viajas. No te preciso. Tengo aquí a esta condenada. No te preocupes por mí. Vete al extranjero. Aléjate de aquí.

JUANITA: ¿Que me aleje de aquí? ¡Sería maravilloso!

GENERAL: Te has preocupado demasiado. Te has puesto mala. Al fin y al cabo Emilia está muerta. Por mucho que te preocupes no la vas a resucitar. ¿De qué sirve?

JUANITA: A veces no podemos evitar el hacer una cosa, aunque no nos sirva de nada.

GENERAL: ¡Si lo sabré yo! (*Alarga una mano que tiembla con violencia*). ¿De qué sirve esto? Para derramar la sopa, para eso, pero no lo puedo remediar. ¿Y de qué sirvo yo, si viene al caso? Vive como si yo no existiera. Márchate al extranjero. Diviértete. Me lo has prometido.

JUANITA: (*Sonriente*). Me divertiré.

GENERAL: ¡Y al diablo los gastos! Nada de pensioncitas suizas. Buenos hoteles, restaurantes decentes. Todo corre de mi cuenta.

JUANITA: ¡Qué bueno eres, padre!

GENERAL: Libre como el pájaro. Vete mañana mismo, si quieres.

JUANITA: ¡Mañana!

GENERAL: ¡Y, de paso, búscate un marido!

JUANITA: (*Mudando de expresión*). ¡Por favor, padre!

GENERAL: Ni siquiera me importaría que fuese extranjero, con tal de que no sea alemán. No quiero tener por nietos un montón de pequeños *junkers*.

JUANITA: (*Con frialdad*). Perdona que siga con mis libros. (*Se vuelve a sus libros*).

GENERAL: Dispensa, dispensa. Otra vez he metido la pata.

(*Se abre la puerta y entra el doctor* LIBBARD *y la* ENFERMERA).

LIBBARD: Buenas noches, Juanita.

JUANITA: (*Fríamente, sin mirarle*). Buenas noches.

LIBBARD: (*Al* GENERAL). ¿No debiera estar usted acostado a estas horas, General?

GENERAL: (*Bajito*). No quería dejar sola a la niña. Está enferma. Debería tomarse un descanso. Cambiar radicalmente de vida.

LIBBARD: Tiene usted razón.

GENERAL: He tratado de persuadirla. Usted me ayudará, ¿verdad, doctor?

LIBBARD: Haré todo lo posible. (*A la* ENFERMERA). Creo que debiera usted llevarse al General a su cuarto.

(*La* ENFERMERA *empieza a empujar el sillón del* GENERAL *hacia la puerta. El* GENERAL *expresa su deseo de que le acerquen a* JUANITA. *La* ENFERMERA *le deja junto a la butaca de su hija. El* GENERAL *le pone a* JUANITA *una mano en el brazo.* JUANITA *se sobresalta violentamente; luego, viendo que es su padre, se esfuerza en sonreír*).

JUANITA: ¡Ah! Eres tú. (*Se estremece, tiembla, mira a su alrededor con aprensión,*

luego se domina, y sonríe. Se levanta, va hacia la puerta y la mantiene abierta. Pasa el sillón d& ruedas). Vamos a ver si está todo listo.

(*Sale, cerrando la puerta tras sí. Cuando el doctor* LIBBARD *se queda solo, coge el tomo que ha estado leyendo* JUANITA. *Lo mira y alza las cejas. Deja el libro y da dos o tres vueltas por la habitación. Luego se para ante el reloj de pie, que señala la una treinta, abre el cristal y adelanta las manecillas una hora, después hace lo propio con su reloj de bolsillo. Luego va a un estante, coge un libro y se pone a leer bajo una de las lámparas. Pasa poco tiempo y vuelve* JUANITA *del cuarto del* GENERAL. *Silencio*).

JUANITA: ¿Pero aún está usted aquí? Creí que ya se había ido. No sé a qué ha venido usted.

LIBBARD: La ocasión es de lo más desagradable. Creí que querrías un calmante.

JUANITA: ¿Un calmante?

LIBBARD: Sí, para dormir. No es cosa que me guste por regla general. Pero en las presentes circunstancias… podría darte algo que te hiciera dormir veinticuatro horas de un golpe.

JUANITA: (*Sospechosa*). ¿Qué iba usted a hacer mientras tanto?

LIBBARD: (*Riéndose*). ¿Crees que trafico en la trata de blancas?

JUANITA: Primero quiere usted hipnotizarme, luego darme un calmante. Tengo que tener los ojos bien abiertos.

LIBBARD: ¿Pero no querías cerrarlos?

JUANITA: Por ahora, no. Hasta… después, no. No sería seguro.

LIBBARD: ¿Seguro? ¿Qué quieres decir?

(JUANITA *no le contesta, pero se vuelve hacia el reloj de pie*).

JUANITA: Las tres menos veinticinco. No creí que fuese tan tarde.

LIBBARD: (*Mirando el reloj*). Esa parece que es la hora exacta.

JUANITA: Cinco horas y media más. (*Pausa*). ¿No se muere nunca nadie de miedo?

LIBBARD: Creo que puede ocurrir. Mas para ello tendría que estar el corazón bastante estropeado.

(JUANITA *se pasea intranquila por la sala. Se para y da un ligero puntapié a uno de los tomos que están por el suelo*).

JUANITA: ¡Qué idiotez de Enciclopedia! Nunca traen las cosas que desea una saber.

LIBBARD: Tales como…

(JUANITA *da otra vuelta por el cuarto antes de contestar*).

JUANITA: Cuando ahorcan a un hombre, ¿cuánto tarda en morir?

LIBBARD: (*Como si tal cosa, sin mostrar la menor sorpresa*). Depende. Si le echan un lazo corredizo al cuello y le dejan colgar por su propio peso, puede que tarde en morir cinco o diez minutos.

JUANITA: (*Muy bajo*). Cinco o diez minutos…

(*Se queda callada un momento, luego profiere un extraño gruñidito de risa. Se domina mordiéndose el labio. Luego se lleva el pañuelo a la boca*).

LIBBARD: Claro que hoy en día no sé hace así. Se deja que el reo caiga dos o tres pies antes de que se apriete la soga. El tirón lo ahorca.

JUANITA: (*Después de una pausa*). ¿Cree usted que él se merece una muerte tan fácil?

LIBBARD: Pero… ¿qué dices?

JUANITA: Bueno, cualquier criminal…

LIBBARD: ¿Enrique Hutton, por ejemplo…?

JUANITA: Ya sé porque dice usted eso. Para provocarme. Para que diga cuanto le odio. Es parte de su plan.

LIBBARD: ¿Qué plan?

JUANITA: Hacerme perder la cabeza. Para que diga lo que no quiero. Esta vez no le doy a usted gusto. Hable de él cuanto guste. No diré nada. (*Pausa*). ¿Ha visto usted a Doris otra vez?

LIBBARD: Esta tarde.

JUANITA: Estaría desesperada.

LIBBARD: Lo mismo estarías tú, dado el caso.

JUANITA: ¿Yo? ¿La compara usted conmigo? (*Contiene su creciente furor*) Se extrañaría usted de que me enfadara tanto con ella el otro día.

LIBBARD: Antes decías que la pobrecita niña te era simpática.

JUANITA: Y me lo es. De veras que sí.

LIBBARD: Pues tuviste un modo muy especial de demostrárselo.

JUANITA: Es que cuando me los imagino juntos y me acuerdo de la pobre Emilia, no me puedo contener. No lo puedo soportar.

LIBBARD: Ya lo veo. No me acordaba de Emilia.

JUANITA: ¿Acordarse? ¿Por qué habría usted de acordarse? Es usted hombre. A los hombres no les gusta pensar en la fealdad y el dolor.

LIBBARD: Mi trabajo casi no me permite pensar en otra cosa.

JUANITA: Sólo profesionalmente. Para usted, Emilia era un caso clínico nada más. No pensaba usted nunca en ella como yo. Timada, víctima. Engañada, con los ojos vendados, ultrajada. Sí, ultrajada. Imagínese que aquel a quien se quiere, aquel en

quien se confía, sé le encuentra de pronto manchando las cosas más sagradas; arroja fango en la iglesia, escribe palabras soeces en las paredes. Emilia tuvo que sufrir todo eso.

LIBBARD: Y por eso creíste deber usar esas mismas palabras soeces cuando hablaste con Doris.

JUANITA: No hice mal.

LIBBARD: Estaba yo delante, Juanita. ¿Y no se te ocurrió por casualidad que pudiera ella también sentirse ultrajada? Estar enamorado no le hace a uno perder sus mejores cualidades. Al contrario, a veces se adquieren durante el enamoramiento. Especialmente, tolerancia. Tolerancia y piedad.

JUANITA: Tolerancia para el adulterio, piedad para los criminales, ¿no es eso?

LIBBARD: Precisamente. Piedad para los criminales. Y por una razón muy sencilla y práctica. Son las ocho de la mañana en la prisión de Wandsworth… Pero gracias a Dios llega Jaime Libbard y gracias a Dios llega Juanita Spence.

JUANITA: Gracias a Dios, felizmente.

LIBBARD: Aún sería posible hacerlo. (*Mira su reloj de bolsillo*).

JUANITA: ¿Hacer qué?

LIBBARD: Aplazar la ejecución.

JUANITA: ¿Por qué habría de aplazarse?

LIBBARD: Si saliese a la luz algún hecho completamente nuevo.

JUANITA: ¿Qué quiere usted decir? ¿Me va usted a obligar a hacer lo que Doris quería? Ya le he dicho que Emilia jamás dijo nada de matarse.

LIBBARD: Lo dijo. Pero no creo que llevase a efecto la amenaza.

JUANITA: No. Claro que no. La asesinaron.

LIBBARD: Pero no fue Enrique.

JUANITA: ¡Está probado!

LIBBARD: El jurado creyó haberlo probado. Pero ¿y tú? (JUANITA *se le queda mirando fijamente sin contestarle*). Piénsalo bien, Juanita. (*El doctor se levanta y pasea por el cuarto*). Comprendo muy bien que no quieras dormirte hasta que no te sientas a salvo. ¿Te has parado nunca a analizar estas palabras «a salvo»? ¿A salvo de qué? ¿A salvo respecto a qué? ¿Se puede cerrar la puerta a un peligro y abrírsela a otro? A salvo de la muerte, y a salvo de volverse loco por temor a la muerte. Pero ¿quiere decir eso que estés libre de volverte loca porque te sientas culpable de haberlo rehuido? ¿Y quiere decir eso que no vayas a tener la tentación, en el desconsuelo de tu locura, de quitarte de en medio? Otra vez la muerte. Huyes de la muerte y la locura y das contra la locura y la muerte. Pero si no la rehúyes, si te enfrentas valientemente con los hechos, si aceptas tu destino y no sólo lo aceptas sino que deseas que se cumpla, entonces tienes casi la certeza de estar a salvo de la locura y una buena ocasión de evadir la muerte. (*Largo silencio*).

JUANITA: Bueno, lo pensaré. (*Se levanta y va a una mesa donde habrá una*

bandeja con sifón, vasos y una botella de whisky). Tengo una sed terrible. (*Se llena un vaso de sifón y bebe. Va a coger su bolso y vuelve a la mesa*). ¿No desearía tomar nada?

LIBBARD: Sí, es una buena idea. (*Mientras* JUANITA *le prepara la bebida, el doctor, de pie, apoyado un codo en la chimenea, contemplando la figura india de bronce*). ¿Es Kali? La gran madre. Y precisamente porque es la madre es al par la diosa de la destrucción. (JUANITA, *mientras tanto, ha preparado los vasos, de espaldas al público. El doctor le dice, sin volver la cabeza*). No me pongas demasiado *whisky*. Sólo un «traguito», como diría tu padre.

JUANITA: Sólo un «traguito».

LIBBARD: (*Sosteniendo aún la estatuilla de bronce*). Si se da la vida, se da también, inevitablemente, la muerte.

JUANITA: (*Acercándose*). Aquí lo tiene.

(*Pone el vaso sobre la chimenea*).

LIBBARD: Gracias. Estos hindúes tienen un concepto bastante realista del mundo. (*Vuelve a colocar la estatuilla en su sitio. Al hacerlo, derrama, como por casualidad, el vaso de whisky.* JUANITA *da un grito*). ¡Qué torpe soy! ¡Cuánto lo siento! Pero no creo que estropee la alfombra, ¿verdad? Un poquito de gaseosa y una chispa de alcohol, solo. ¿Se me permite otro vaso?

(*Va a la mesa*).

JUANITA: Deje que yo se lo sirva.

LIBBARD: No te molestes. (*Se llena otro vaso*). A tu mejor salud. (*Bebe.* JUANITA *le mira unos instantes y luego empieza a reírse*). ¿Qué te hace tanta gracia?

JUANITA: No lo sé. Nada.

(*Aún ríe cuando se apaga la luz en la sala y se enciende en la otra parte de la escena*).

ESCENA IV

La celda de HUTTON. HUTTON *está leyendo cuando se alza el telón, luego se levanta y pasea por la celda. Un* CELADOR *está sentado en un rincón resolviendo un crucigrama. El* CELADOR*, perplejo, se rasca la cabeza y frunce las cejas.*

CELADOR: (*Musitando para sí*). Pájaro mítico, pájaro mítico.
HUTTON: (*Parándose junto al* CELADOR). ¿Qué le pasa?
CELADOR: Pájaro mítico. Cinco letras. Empieza con efe.
HUTTON: ¿Con efe? ¿No será Fénix?
CELADOR: ¡Fénix! Ya lo tengo. Fénix.

(*Escribe la palabra.* HUTTON *vuelve a pasear*).

HUTTON: A veces solía resucitar de sus propias cenizas, si eso le interesa.

(*Otro silencio. Se para delante del libro, que está abierto sobre la mesa*).

HUTTON: He encontrado aquí una cosa, algo verdaderamente extraordinario. ¿Quiere que se lo lea?
CELADOR: Léalo usted.
HUTTON: (*Empieza a leer en alta voz, muy despacio y con claridad*). «La diferencia entre un hombre bueno y otro malo no está en que el uno desea el bien y el otro el mal, sino sólo en que en el primero concurre el vivo e inspirador espíritu de Dios, y el otro lo resiste. Se le puede imputar el mal sólo por esta resistencia».
CELADOR: Eso es demasiado hondo para mí.
HUTTON: Hondo sí, pero claro como el agua. ¿No ve usted cuántas cosas explica? Por ejemplo, ¿por qué pensaba Cristo que los escribas y fariseos eran peores que los publicanos y pecadores? Acuérdate de quiénes eran los escribas y los fariseos, los buenos ciudadanos, los presidentes de las Cámaras de Comercio, los miembros del Parlamento, los abogados con éxito, los profesores de teología, todas las personas verdaderamente rectas y respetables. Y Él los tenía por peores, en cierto modo, que la hez de la tierra. Y, naturalmente, si el malo es malo sencillamente porque se aísla a sí mismo del Espíritu de Dios en él, entonces está claro por qué pensaba Él así de escribas y fariseos. Estaban todos ellos tan ocupados portándose correctamente y convencionalmente, y todos tan engallados de ser los bienhechores de la humanidad, que incluso les era imposible percatarse del Espíritu de Dios en ellos —mucho menos concurrir con él. Y cuando se está en tal estado, me figuro que se está en el infierno, aunque no se sepa, claro, en aquel momento, pero sí más tarde, quizá en otra parte:

Dios lo sabe. (*Se encoge de hombros, luego en tono ligero, sonriendo para sí, cierra los ojos y recita*).

Había una fiesta en una sala
llena de gente, abarrotada.
Unos bebían ponche, otros bebían té.
Todos más callados
que unos condenados.

(*Vuelve a abrir los ojos y sonríe al* CELADOR). Y si hubieran estado charlando, hablando de las cosas que hoy se dicen en las reuniones, la condenación hubiera sido aún más completa.

(*Silencio. El* CELADOR *toca una mano a* HUTTON, *cuyos nudillos están vendados con esparadrapo*).

CELADOR: ¿Qué tal sus manos?

HUTTON: (*Extendiéndolas, cierra y abre los dedos*). Un poquillo doloridas aún. Pero ya se acabó el martillear puertas. Le agradezco su amabilidad para conmigo.

(*Le ofrece la mano al* CELADOR *y éste la estrecha*).

CELADOR: Sentiría mucho haber sido a veces algo brusco y tal. El cumplimiento del deber obliga… Usted me comprende.

HUTTON: Bueno, eso no es nada comparado con las cosas que yo he hecho por apartarme del cumplimiento del deber. Por eso es por lo que me figuro que estoy aquí, por resistir al Espíritu de Dios en mí, por resistirlo con mentiras, con lujuria, con insensibilidad hacia otras personas, por toda suerte de egoísmos. Y a intervalos, resistiéndolo por ser un componente rico y respetado de las clases dirigentes.

CELADOR: Esos no son crímenes.

HUTTON: No. Son a veces más fundamentales que los mismos crímenes. Peores en cierto modo. La ley no puede castigarlos. (*Pausa*). La vida ha de vivirse hacia delante, pero sólo puede comprenderse en retrospectiva. Por eso creo que hacemos los descubrimientos importantes demasiado tarde.

(*Se abre la puerta y un segundo* CELADOR *introduce a* DORIS *en la celda y entra tras ella*).

2.º CELADOR: No nos haga usted caso, señora. Como si no estuviésemos delante. (*Va y se sienta frente al primer* CELADOR *y se saca una baraja del bolsillo*). ¿Qué dices, Bill?

(*El otro asiente con la cabeza y deja el crucigrama. Se ponen los dos a jugar a las cartas. Mientras tanto,* DORIS *y* HUTTON *se acercan en silencio uno al otro.* HUTTON *toma la cara de* DORIS *entre las manos y la besa en la frente, luego, dejando caer las manos sobre los hombros de* DORIS, *la mira intensamente, apartándose, pero sin retirar las manos de los hombros de ella. De repente, la emoción de* DORIS *la vence, su expresión se vuelve una mueca de dolor irrefrenable y esconde la cara sobre el hombro de* HUTTON. *Él le acaricia el pelo sin hablar. Pasado un corto silencio,* DORIS *levanta la cabeza y se enjuga los ojos*).

DORIS: Perdona, Enrique. No lo he podido remediar. ¡Pobres manos!

(*Le coge una mano y la oprime contra su mejilla*).

HUTTON: Las he tratado bastante mal, ¿verdad? (*Lleva a* DORIS *junto a la silla que está a un lado de la mesa y se sienta frente a ella*). El campo debe estar precioso. ¿Han empezado a dorarse las hojas?

DORIS: Sí. Todo está ya cobre, rojo y oro.

HUTTON: ¿También los álamos? (DORIS *asiente con la cabeza*). Me recuerda cuando yo era un niño y corría pisando las hojas secas por las alamedas de Arundel. Me imaginaba que eran monedas de oro y que yo estaba, como Aladino, hundido hasta las rodillas en un tesoro. Ahora está de moda la teoría de que a los niños no debe educárseles con cuentos de hadas. No te dejes convencer por semejante disparate. Prométemelo.

DORIS: (*Con voz rota*). Te lo prometo.

HUTTON: Si es Belinda le gustará Hans Andersen más que nada. Por mi parte, lo he encontrado siempre un poco demasiado tristón y sentimental. Si Patricio es como yo, le gustarán Las mil y una noches y La rosa y la sortija. ¡Cómo me gustaba ese cuento! Mi padre me lo tenía que leer en voz alta unas seis veces al año. (*Pausa*). Ahora me temo que te va a tocar a ti.

DORIS: (*Llorando y sin poder contenerse*). ¡Quisiera haberme muerto! ¡No quisiera haber nacido nunca!

HUTTON: ¿De qué vale querer? Has nacido. Y si se viene al mundo hay que estar preparado para irse otra vez. (DORIS *sigue llorando*). Amor mío, no te aflijas así, te digo que todo es como debe ser. Incluso el estar yo aquí. Incluso… hasta el tener que decirnos adiós… Sí, en último caso hasta eso es como debe ser. Lo sé. Tú también debes saberlo.

DORIS: ¡No puedo! ¡No puedo!

HUTTON: Hasta hace unos días yo tampoco podía creerlo. ¿Te ha dicho el doctor Libbard que vino a verme? (DORIS *asiente*). ¡Cuánto bien me ha hecho! Me hizo un

bien grandísimo. Pero cuando se marchó, todo volvió a quedar como antes, tal mal como siempre. Y luego anoche, dé repente, en medio de una especie de paroxismo de frustración y desesperanza… me es difícil describírtelo. Era algo así como un dolor físico, terrible y tan lacerante que no podía pensar en nada más. El dolor es lo único real. Y de pronto desaparece este dolor y se ve que el sol está en los cielos, se da uno cuenta que las sombras son seres vivos, se descubre que nuestro pobre cuerpo no es todo el universo. Existe el resto del mundo. (*Pausa*). ¿Me quieres, Doris? (DORIS *le mira en silencio, luego le coge una mano y se la besa apasionadamente*). ¿Crees que te quiero?

DORIS: Sé que me quieres.

HUTTON: Y sin embargo, la última vez que estuviste aquí, casi te odiaba.

DORIS: ¿Que me odiabas?

HUTTON: Te odiaba por estar tú libre, por tener toda la vida ante ti, mientras que yo estaba aquí y en unas pocas horas, ni aun aquí estaría. El amor mata al temor. Pero también es al revés. El temor mata al amor. La última vez que estuviste aquí, no había en mí más que temor, pero hoy es distinto.

(*Silencio. Se apaga la luz*).

ESCENA V

La sala de los Spence. Las luces están encendidas, pero ya ha amanecido. LIBBARD *y* JUANITA *estarán sentados a una mesa de juego, jugando a las cartas.* JUANITA *se comporta de modo extrañamente infantil. Está muy excitada y estalla continuamente en carcajadas.*

JUANITA: (*Dando una carta*). ¡Rey!

LIBBARD: (*Poniendo tres cartas sobre la mesa*). Una, dos. ¡Dama de corazones!

JUANITA: (*Jugando*). ¡As de *carreaux*!

LIBBARD: Una, dos, tres. No me atrevo a mirar la cuarta. (*La vuelve por fin*). ¡Gracias a Dios! Otra dama.

JUANITA: Veremos lo que puedo hacer yo. (*Vuelve una carta*). Valet de trébol.

LIBBARD: ¡Cielos! ¡Ahí va! (*Vuelve una carta*). ¡Ay!

(JUANITA *ríe triunfante y coge todas las carias*).

JUANITA: ¡Son mías, todas mías! Usted no sabe jugar.

LIBBARD: No soy lo bastante listo, eso es lo malo. Este es un juego que requiere inteligencia.

JUANITA: ¿Listo? (*Da una carta, él hace lo mismo, se intercambian cartas hasta que* JUANITA *vuelve un triunfo*). Por fin. ¡Rey de *Pic*!

LIBBARD: Una…, dos… ¡Cielos! Se acabó. Me has dejado limpio. (*Abre las manos para demostrar que no le queda ni una carta.* JUANITA *rompe otra vez en risa de contento*). Te debo diez millones de libras.

JUANITA: Once millones.

LIBBARD: ¿Once? ¿Son once? ¡Válgame Dios! Aquí tienes seis peniques a cuenta. (*Se saca una moneda del bolsillo y la empuja hasta* JUANITA). El resto te lo abonaré a plazos. Dos peniques semanales hasta el Juicio Final. ¿Te conviene? (*Se levanta, va hacia la ventana y mira para afuera*). Está lloviendo.

JUANITA: Me gusta la lluvia. Me gusta cuando llueve a cántaros, cuando hay relámpagos y truenos. (*Se calla y cambia de expresión*). ¡Ay Dios mío! (*Se lleva las manos a la cabeza como si se hubiese acordado de repente de algo terrible*). ¡Dios mío! (*Se cubre la cara y tiembla*). ¡Esa muchacha! ¡Esa muchacha!… ¡Qué horror! Como animales. ¡Cuánto le odio! ¡Cuánto le odio!

(*Silencio.* LIBBARD *va hacia ella y le pone una mano sobre el hombro*).

LIBBARD: ¿Sabes qué hora es?

(JUANITA *mira el reloj. Las agujas señalan las ocho menos dos minutos*).

JUANITA: (*Muy bajito*). Sólo faltan dos minutos.

LIBBARD: Sí. Nada más que dos minutos. Entonces estarás ya a salvo.

JUANITA: …Estaré a salvo. (*Pausa*). Ya lo tendrán todo listo en el patíbulo. La soga. Las poleas. Ahora bajan las escaleras. El director de la cárcel y el capellán avanzan por el pasillo. La celda no está lejos. Unos cuantos pasos más… Ya están en la puerta. Alguien mete una llave en la cerradura y le da la vuelta. La puerta se abre, y allí está él. (*Silencio*). Porque ella tenía dieciocho años Por su boca. Por su piel. (*El reloj da las ocho*). ¡Ay! ¡Señor! ¡Señor!

(*Se vuelve y se deja caer en el sofá llorando. El doctor ha estado mientras tanto rebuscando en su maletín. Ahora se acerca a* JUANITA *con una jeringa hipodérmica, algodón y un tarrito de alcohol*).

LIBBARD: Bueno, bueno. Se acabó. Ya no tienes que preocuparte más. Puedes dormirte ya. (*Le sube la manga y le ata una venda de goma alrededor del brazo, busca una vena distendida*). Estate ahora muy quieta. No te haré el menor daño. Un pinchazo y nada más. Muy quieta. (*Pincha la aguja en la vena y vacía despacio el contenido de la jeringa*). Ahora tiéndete tranquila, descansa. (*Se aleja de* JUANITA *para guardar los instrumentos en el maletín. Cuando vuelve a su lado* JUANITA *está semiinconsciente*). ¿Estás cómoda?

JUANITA: (*Adormilada*). Sí.

LIBBARD: ¿Te sientes ahora segura, verdad?

JUANITA: Segura, sí, absolutamente segura.

LIBBARD: ¿Dime Juanita, cómo le diste el veneno?

JUANITA: Se lo eché en el café.

LIBBARD: ¿Creíste que se iba a casar contigo?

JUANITA: No. No. No quiero hablar de eso.

LIBBARD: Pero es cierto, ¿verdad?

JUANITA: No puedo decírselo.

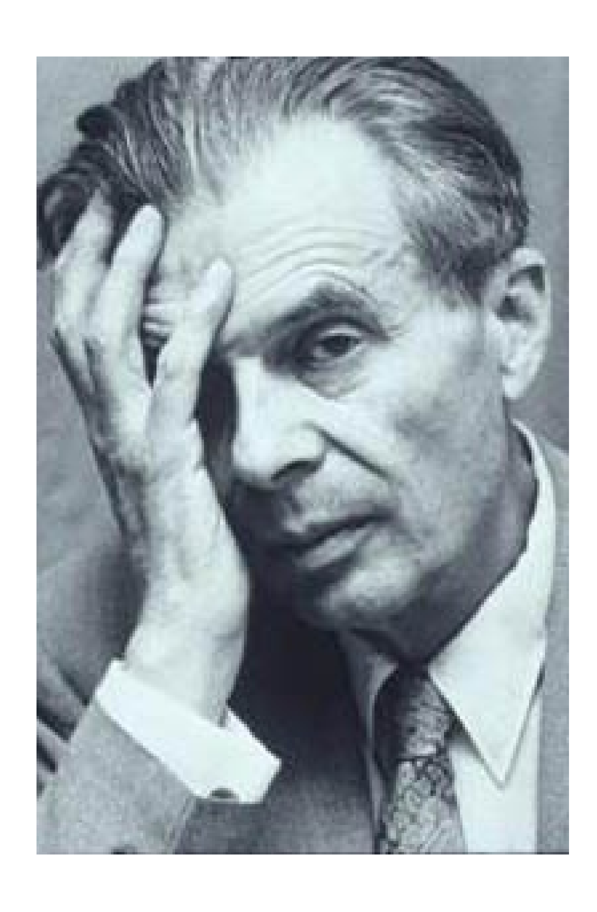
LIBBARD: ¿Creías que te quería? ¿Tanto como tú a él?

JUANITA: Esto ya es demasiado. ¡Es demasiada humillación!

LIBBARD: Está bien. No te atormentaré más. Duérmete. Duerme un sueño profundo. Suave, tibio, oscuro. Negro como terciopelo. Piensa en el terciopelo y las pieles negras. Que no entre luz alguna, ni te interrumpan los sueños. Duerme. (*Después de un largo silencio, cuando* LIBBARD *se asegura de que* JUANITA *está profundamente dormida, se levanta, se saca un cuaderno de notas del bolsillo, mira un número, va al teléfono y descuelga el receptor. Pausa*). Trunks. (*Pausa*).

Wandsworth, cuatro, seis, cinco, seis. (*Pausa*). Muy bien, esperaré. (*Se levanta, va al reloj de pie y atrasa las agujas una hora, luego hace lo mismo con el suyo. Vuelve al teléfono. Después de unos segundos atiende la llamada*). ¿Es la prisión de Wandsworth? Aquí el doctor Jaime Libbard al habla. Necesito hablar con el director en seguida. (*Pausa*). Sí, de un asunto oficial relacionado con el caso Hutton. Urgentísimo. (*Pausa*). Gracias. Esperaré.

TELÓN



ALDOUS LEONARD HUXLEY (26 de julio de 1894, en Godalming, Surrey, Inglaterra – 22 de noviembre de 1963, en Los Ángeles, California, Estados Unidos), fue un escritor anarquista británico que emigró a los Estados Unidos. Miembro de una reconocida familia de intelectuales, Huxley es conocido por sus novelas y ensayos, pero publicó relatos cortos, poesías, libros de viaje y guiones. Mediante sus novelas y ensayos, Huxley ejerció como crítico de los roles sociales, las normas y los ideales. Se interesó, asimismo, por los temas espirituales, como la parapsicología y el misticismo, acerca de las cuales escribió varios libros. Al final de su vida estuvo considerado como un líder del pensamiento moderno.